

Antropología

C. Geertz, J. Clifford y otros

EL SURGIMIENTO

de la ANTROPOLOGÍA POSMODERNA

Compilación de Carlos Reynoso



gedisa
editorial

Se agradece a las editoriales y revistas que han autorizado la publicación de los trabajos aquí compilados, cuyos créditos figuran al pie de página de cada capítulo.

Traducción: Carlos Reynoso

Diseño de cubierta: Marc Valls

Cuarta edición, marzo de 1998, Barcelona

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© by Editorial Gedisa, S.A.
Muntaner, 460, entlo., 1.º
Tel. 201 60 00
08006 - Barcelona, España
e-mail: gedisa@gedisa.com
http://www.gedisa.com

ISBN: 84-7432-447-5
Depósito legal: B-9.798/1998

Impreso en: Limpergraf
c/. Mogoda, 29-31. 08210 Barberà del Vallès

Impreso en España
Printed in Spain

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o cualquier otro idioma.

INDICE

COLABORADORES.....	9
PRESENTACIÓN, por <i>Carlos Reynoso</i>	11
I ANTROPOLOGÍA SIMBÓLICA	
1. Géneros confusos. La refiguración del pensamiento social, por <i>Clifford Geertz</i>	63
2. La rebelión romántica de la antropología contra el iluminismo, o el pensamiento es más que razón y evidencia, por <i>Richard A. Shweder</i> ...	78
II ANTROPOLOGÍA FENOMENOLÓGICA	
3. Hacia un lenguaje etnográfico, por <i>Michael Agar</i>	117
III ANTROPOLOGÍA POSMODERNA	
4. Sobre la autoridad etnográfica, por <i>James Clifford</i>	141
5. Las etnografías como textos, por <i>George E. Marcus</i> y <i>Dick E. Cushman</i>	171
6. Fuera de contexto. Las ficciones persuasivas de la antropología, por <i>Marilyn Strathern</i>	214
Comentarios, por <i>M. R. Crick, R. Fardon, E. Hatch, I. C. Jarvie, R. Pinxten, P. Rabinow, E. Tonkin, S. A. Tyler</i> y <i>G. Marcus</i>	253
Respuesta, por <i>Marilyn Strathern</i>	270
7. Preguntas concernientes a la antropología dialógica, por <i>Dennis Tedlock</i>	275

Las etnografías como textos*

GEORGE E. MARCUS y DICK E. CUSHMAN

(Departamento de Antropología, Universidad de Rice, Houston, Texas)

Introducción

Finalmente los antropólogos han comenzado a prestar atención explícita a la escritura de textos etnográficos, un tema largamente ignorado ya sea porque se concibe primariamente a la etnografía como una actividad que se desarrolla en el campo, o porque se la trata como un método —más que un producto— de la investigación. Aunque han aparecido unos pocos artículos que tratan algunas de las dimensiones retóricas y narrativas de la escritura etnográfica (Bruner, 1981; Clifford, 1980a y d; Crapanzano, 1977a y b; Dwyer, 1977 y 1979; Marcus, 1980; Thornton, 1980a y b; Tyler, 1982), las principales cuestiones se han explorado directamente en el mismo interior de diversas etnografías (por ejemplo, Alverson, 1979; Briggs, 1970; Bulmer, 1978; Chernoff, 1979; Crapanzano, 1980; Dumont, 1976 y 1978; Favert-Saada, 1980; Gregor, 1977; Levy, 1973; Lewis, 1980; Ortner, 1978; Östör, 1980; Rabinow, 1975; Riesman, 1974; Rosaldo, 1980 y 1980a; Schieffelin, 1976; Shore, 1982; Siegel, 1979; Thornton, 1980; Weiner, 1976). Estas representan en su conjunto una tendencia creciente hacia la experimentación en escritura etnográfica, en gran medida como una reacción filosóficamente inspirada a las convenciones del género del realismo etnográfico, sobre el que ha existido un consenso tácito y artificial en la antropología anglonorteamericana durante aproximadamente los últimos 60 años. Es posible que esta experimentación no sólo esté alterando la naturaleza tradicional de la etnografía; puede más bien estar señalando el comienzo de una profunda reforma de las ambiciones teóricas y de las prácticas de investigación de una disciplina que ha dependido crecientemente de textos etnográficos, tanto en lo que respecta a los datos como al desarrollo de perspectivas teóricas. En ausencia de una literatura histórica y crítica sustancial sobre el género etnográfico, este trabajo revisará un conjunto de temas sobre los cuales existe considerable autoconciencia por parte de los escritores recientes. Estos temas atañen a la manera en que las etnografías alcanzan su efecto como conocimiento de los "otros".

* *Annual Review of Anthropology*, vol. 11, 1982, pág. 25-69.

La característica principal compartida por las etnografías experimentales es que integran, en sus interpretaciones, una preocupación epistemológica explícita por la forma en que se han construido tales interpretaciones y en que se las representa textualmente como discurso objetivo sobre los sujetos entre los cuales se ha conducido la investigación. En cierto sentido, la escritura etnográfica contemporánea intenta sintetizar el debate clásico sobre la hermenéutica (Palmer, 1969) entre la reflexión filosófica sobre la naturaleza de la interpretación (que enfatiza la apertura de la actividad interpretativa) y el intento metodológico de crear una ciencia de la interpretación (que enfatiza la posibilidad de interpretaciones sistemáticas y autocontenidas). Si las etnografías podrán, como parte de una convención permanente, balancear tanto la *reflexión sobre la comprensión* y *una comprensión en sí misma* en un solo texto, es un problema que estos experimentos dejan sin resolver. Sin embargo, el propósito de explorar cuestiones epistemológicas como una parte vital e integral del análisis cultural distingue a estos textos y hace a sus autores, tanto como a sus lectores, cada vez más conscientes de sus estructuras narrativas y de su retórica.

Es necesario subrayar, quizá, que todo el asunto en torno de la autorreflexividad en las etnografías recientes no es meramente una repetición metodológicamente orientada de los relatos sobre las experiencias y las condiciones del trabajo de campo, tal como se la encuentra en la literatura etnográfica profesional de los últimos quince años. Mientras que tales trabajos han ayudado ciertamente a estimular la clase de cuestionamiento a los supuestos tácitos de la práctica de investigación que ha conducido hoy a una perspectiva crítica más aguda sobre la escritura etnográfica en sí misma, su objetivo principal ha sido el de desmitificar el proceso del trabajo de campo antropológico, cuyo velo de secreto público ha sido cada vez más embarazoso para una disciplina que se precia de "científica". Tales reseñas, en razón de estar concebidas y de ser publicadas, en general, como fines en sí mismos —como artículos o libros independientes— sólo están tenuemente relacionadas con los objetivos etnográficos de sus autores. Los escritores de etnografías experimentales, en cambio, a menudo representan las experiencias del trabajo de campo como una técnica vital para estructurar sus narrativas de descripción y análisis.

En estos experimentos, el reporte de la experiencia del trabajo de campo es sólo un aspecto de un amplio rango de reflexiones personales, las cuales se manifiestan en formas más fuertes y más débiles. Estas abarcan desde discusiones muy explícitas y focalizadas en el interior del texto acerca de las relaciones entre la forma textual y la naturaleza de la interpretación (por ejemplo, Bachnik, 1978; Favert-Saada, 1980; Lewis, 1980; Rosaldo, 1980; Shore, 1982), pasando por referencias ocasionales a la naturaleza de la interpretación (por ejemplo, Alverson, 1979; Gregor, 1977; Levy, 1973; Rosaldo, 1980; Schieffelin, 1976; Thornton, 1980c; Weiner, 1976), hasta preocupaciones epistemológicas más difusas, mayormente en las nuevas formas en que se presentan el material y las interpretaciones (por ejemplo, Crapanzano, 1980; Riesman, 1974; Siegel, 1979). Tal diversidad existe porque en una circunstancia histórica en la que las formas convencionales no se adecuan al plantea-

miento de los problemas etnográficos, la creatividad es no sólo requerida, sino particularmente alentada. Mientras las etnografías estándar se siguen produciendo continuamente, se ofrecen considerables recompensas (tanto en grado de interés editorial como en respuesta crítica positiva) a los etnógrafos que ofrezcan sus trabajos expresados en formas más personales y novedosamente estructuradas. En esta situación emergente, los etnógrafos leen ávidamente los nuevos trabajos en busca de modelos, interesándose tanto —si es que no más— por los estilos de construcción de textos como por los análisis culturales, los cuales son, de todas maneras, aspectos difíciles de separar. De este modo, la tendencia actual se caracteriza por textos muy personalmente escritos, pero que son sin embargo emulativos en su búsqueda de nuevas convenciones: algo que se asemeja al patrón clásico del desarrollo de los géneros literarios.

Aunque el tema de la escritura etnográfica podría (e idealmente, debería) tratarse en amplia escala, las discusiones siguientes han puesto entre paréntesis ciertos asuntos, estableciendo exclusiones y distinciones a fin de definir un objeto manejable. En primer lugar, una perspectiva más amplia sobre la escritura etnográfica que la que aquí se intenta debería asomarse no sólo a toda la historia de la etnografía dentro de la tradición angloamericana, incluyendo formas premalinowskianas surgidas de proyectos de investigación sumamente diversificados; y debería abarcar el trabajo etnográfico fuera de la tradición angloamericana y fuera incluso de la disciplina antropológica: por ejemplo los relatos de viaje, el trabajo de los misioneros, los reportes de los administradores coloniales, superpuestos a los desarrollos tempranos de la etnografía antropológica; las tradiciones etnográficas francesa, alemana e italiana; y el interés hacia la interpretación cultural y lo exótico en la tradición literaria del Continente (véase en especial Clifford, 1981). Un amplio tratamiento también relacionaría la escritura etnográfica con la realización fílmica (Asch, 1973; Heider, 1976; MacDougall, 1978) y con su uso —sumamente infrecuente— en obras más focalizadas y teóricas que no se presentan directamente como el simple producto de la investigación de campo (por ejemplo, Fischer, 1980; Taussig, 1980; Taylor, 1979). En este trabajo, sin embargo, nos limitamos a un examen de las tendencias actuales de experimentación (algunas de las cuales están inspiradas en el *revival* de estilos etnográficos antiguos), en contraste con los últimos 60 años de realismo etnográfico angloamericano.

En segundo lugar, definimos una etnografía simplemente como un informe que resulta del hecho de haber realizado trabajo de campo, una actividad relativamente indisciplinada cuyo folclore ha conferido identidad a una disciplina académica. Hacer trabajo de campo es algo muy distinto a representarlo en una etnografía; pero así como ciertas convenciones de documentación señalan un trabajo como historia, del mismo modo la evidencia del trabajo de campo —aunque sólo sea escrita en un texto— señala un trabajo como etnografía. Debemos ocuparnos, en consecuencia, de la representación del trabajo de campo en textos, pero es válido excluir aquí lo que realmente sucede en el campo. Más aun, por mor de la simplicidad, no consideramos la relación sumamente

interesante entre la producción de un texto etnográfico publicado y sus versiones escritas preliminares en forma de notas de campo, disertaciones o artículos.

En la etapa pionera del realismo etnográfico, se consideraba que el trabajo etnográfico abarcaba varios volúmenes proyectados (como era el caso de Malinowski, Firth y Evans-Pritchard), una concepción del formato que se remontaba al contexto de la etnografía anterior a la era del trabajo de campo. En contraste, la moda contemporánea, dominada por una investigación más focalizada en problemas definidos, impone un solo volumen ligado a un período de trabajo de campo, que combina varias tareas complejas, descriptivas e interpretativas. El proyecto etnográfico multitexto podría, de hecho, volver a imponerse nuevamente (por ejemplo, Dumont, 1976 y 1978; Rabinow, 1975 y 1977), pero aquí limitaremos la perspectiva a la reseña en un solo volumen, simétrica con uno o dos períodos de trabajo de campo.

En tercer lugar, nuestro punto de vista al presentar estos asuntos es el del antropólogo practicante, que escribe y lee etnografía con un interés empírico añadido por la producción de conocimiento cultural sobre otras formas de vida. La perspectiva del historiador intelectual de la antropología, o del teórico social o cultural interesado en la escritura etnográfica podría coincidir considerablemente con la del practicante, pero el manejo preciso del asunto sería sin duda diferente. Nuestra preocupación subyacente es la utilidad de una perspectiva crítica sobre la escritura etnográfica, en este momento preciso del desarrollo de la disciplina, para la comunidad de antropólogos que se ven a sí mismos como etnógrafos.

En cuarto y último lugar, entre los experimentos en curso es importante —aunque no necesariamente sencillo— distinguir entre dos subtendencias. La mayor parte de las etnografías experimentales pretenden cambiar las convenciones del género, en línea con un giro en las orientaciones teóricas hacia los problemas del significado, aunque sin cambiar los objetivos etnográficos fundamentales de descripción e interpretación. En la actualidad, algunos experimentos etnográficos (menores en número, pero más extremos) modifican las convenciones del género, manteniendo una indefinición básica acerca de lo que deberían ser los propósitos y los intereses de una escritura etnográfica todavía basada en el trabajo de campo. Como ha dicho Frederic Jameson (Jameson, 1981, pág. 106), “los géneros son esencialmente instituciones literarias o contratos sociales entre un escritor y un público específico, cuya función es establecer el uso correcto de un artefacto cultural”. Aquellas etnografías, al perseguir objetivos teóricamente modificados pero tradicionales en el ámbito de la disciplina, operan aun conforme al concepto de género, no importa cuán rico se haya vuelto éste. En su aparente desprecio hacia cualquier clase de función “policíaca” inherente a la noción de género, las etnografías nombradas en segundo término parecen querer dejar que los proyectos de escritura exploren sus propios objetivos, en lugar de atenerse a los de la disciplina.¹ El hecho

¹ Una analogía dentro de la literatura de ficción reciente con la distinción de subtendencias que he hecho aquí la ofrece *The French Lieutenant's Woman* de John Fowles, un experimento

de que todo el campo de la experimentación esté en plena emergencia y de que ambas tendencias de escritura compartan características comunes, ya señaladas, hace que distinguir entre ellas sea difícil en algunos casos. No obstante, en este ensayo nuestra atención primordial se dirige hacia la mayoría de los experimentos, los cuales están restringidos por su género y por consideraciones disciplinarias, pero que plantean dificultades considerables a los antropólogos al clasificar y evaluar críticamente los trabajos etnográficos, que hoy en día dependen fuertemente de diversas retóricas para lograr sus efectos [compárense por ejemplo las críticas de Mangarella (Mangarella, 1980) y Crapanzano (Crapanzano, 1981) sobre una etnografía reciente realizada por Geertz y sus colaboradores, críticas basadas en los *hedges* de su retórica].

El resto de este ensayo se referirá a cada uno de los siguientes temas: el desarrollo histórico del realismo etnográfico como un conjunto de convenciones de género y la reacción contra él en las tendencias contemporáneas de escritura etnográfica; el desafío a las convenciones realistas a través de una serie de cuestiones interrelacionadas que se plantean en los experimentos actuales, concernientes a la forma en que se establece la autoridad en las etnografías, en que se logra la plausibilidad y autenticidad de las interpretaciones y en que todo ello es recibido por parte de los diversos lectores; las fuentes de la crítica literaria capaces de conferir forma a una perspectiva sobre los hechos etnográficos; las relaciones entre las tendencias culturales en escritura etnográfica, la realización del trabajo de campo y los cambiantes intereses teóricos de la antropología social y cultural; una consideración sobre los experimentos etnográficos que se hallan fuera de las tendencias predominantes; y, finalmente, una evaluación concluyente sobre la importancia de la etnografía realista experimental y la utilidad de una perspectiva crítica de la escritura etnográfica en antropología.

El realismo etnográfico

El realismo etnográfico —para tomar prestado el término de la concepción literaria de la ficción del siglo XIX (Auerbach, 1953; Stern, 1973)— es un modo de escritura que busca representar la realidad de todo un mundo o de una forma de vida. Como dice Stern a propósito de una desviación descriptiva en una novela de Dickens (Stern, 1973, pág. 2), “el propósito cabal de esta desviación es agregar y agregar más a ese sentido de la seguridad, la abundancia y la realidad que nos habla desde cada página y cada capítulo de la novela...”. De la misma manera, las etnografías realistas están escritas para aludir a una totalidad por medio de partes o focos de atención analítica, que constantemente evocan una totalidad social y cultural. Otros aspectos de la escritura realista son una cuidadosa atención hacia los detalles y demostraciones redun-

creativo e inusual en el interior de la tradición del realismo literario, y *La Jalousie* de Alain Robbe-Grillet, un experimento igualmente creativo e inusual que conscientemente toma por asalto las características realistas, especialmente en lo que concierne a las dimensiones temporales.

dantes de que el escritor compartió y experimentó ese mundo. De hecho, lo que otorga autoridad al etnógrafo y un sentido penetrante de realidad concreta al texto, es la afirmación del escritor de que él está representando un mundo como sólo puede hacerlo alguien que lo conoce de primera mano; de esta forma se establece un nexo íntimo entre la escritura etnográfica y el trabajo de campo. La descripción etnográfica no es en absoluto el trabajo simple y carente de problemas que las ciencias sociales creen que es, sino un efecto complejo que se alcanza a través de la escritura y que depende de la elección estratégica y de la construcción de los detalles disponibles. La presentación de la interpretación y el análisis están inseparablemente unidos en la representación vívida y sistemática de un mundo que parece total y real para el lector.

El surgimiento de la etnografía realista como el género aprobado de la antropología, dependió claramente de dos desarrollos históricos: el establecimiento de la antropología como disciplina académica y la elaboración del trabajo de campo profesional como el prerrequisito esencial de los informes etnográficos. Es interesante notar que estos dos desarrollos tuvieron lugar en orden inverso en las tradiciones norteamericana y británica. En América, décadas de experiencia de trabajo de campo precedieron al nombramiento de Boas en la Universidad de Columbia, mientras que en Inglaterra la disciplina ya estaba firmemente establecida en las universidades antes de que Malinowski elaborara el trabajo de campo como un método [lo cual está expresado formando parte de una etnografía (Malinowski, 1922)] y de que se ligara el trabajo de campo a la escritura, definiéndose así la actividad profesional correcta del antropólogo profesional. Las elaboraciones de Malinowski definieron condiciones de la práctica de la investigación que rompían con el pasado inmediato de los estudios británicos, cuando el trabajo de campo corría por cuenta de expediciones o de observadores que no participaban en la escritura de textos etnográficos basados en sus propias observaciones. A despecho de este desarrollo histórico heterogéneo y a pesar de sus orientaciones teóricas discrepantes (cultural versus socioestructural), las tradiciones etnográficas norteamericana y británica convergieron en la consolidación del realismo etnográfico como el género para la antropología, como la "institución literaria" que servía a los objetivos científicos positivistas.

Un resultado de semejante consolidación fue que los etnógrafos angloparlantes esperaban cierta adhesión a determinadas convenciones del género por parte de los demás escritores. Sin embargo, ni en la antropología social británica (donde la etnografía realista se hallaba más estrictamente disciplinada, debido al influyente trabajo profesional de Malinowski como fundador de la institución), ni en la antropología cultural norteamericana (donde el estilo de la escritura etnográfica siguió siendo un tanto difuso y experimental) se había acordado a esas convenciones alguna consideración explícita y algún examen crítico. Consecuentemente, durante mucho tiempo su desarrollo fue escaso y de muy poco interés. Más aun, una articulación de convenciones tan pobre no pudo menos que influir directamente sobre la manera caprichosa en que se fundaban los juicios críticos sobre la adecuación de etnografías específicas (que

ejemplo, en las críticas de las disertaciones doctorales y en las revisiones de las publicaciones periódicas); simplemente había que tener un "sentimiento" de las convenciones que hacían que un texto fuera consistente o insatisfactorio.

Como son precisamente estas convenciones del género realista las que hoy en día se encuentran sujetas a diversas clases de experimentación y las que, en algunos pocos casos, están siendo trascendidas (quizás en dirección a lo que puede llegar a ser una nueva concepción de la etnografía), intentaremos identificarlas y caracterizarlas con cierto detalle. Comenzamos intentando aplicar las discriminaciones literarias habituales de argumento, punto de vista, caracterización, contenido y estilo. Sin embargo, a medida que nuestro análisis avanzaba, encontramos que el cuarto y el quinto factor necesitaban descomponerse en categorías analíticas menores y más manejables (contenido en tres categorías, estilo en tres); de allí nuestro total de nueve convenciones para delinear el género del realismo etnográfico. Deberíamos subrayar el hecho de que fue a través de la conjunción de estas convenciones en las obras individuales que la etnografía tradicional se las arregló para proyectar esa distintiva ilusión de totalidad —la sensación de crear todo un mundo— que, como dijéramos antes, es la característica más básica de la escritura realista.

1. La escritura narrativa de la etnografía total

La escritura narrativa típica de la etnografía tradicional se desarrolló en relación de dependencia con las imaginerías analíticas culturalista y estructural-funcionalista, las cuales ofrecían una respuesta fácil y sorprendentemente congruente al problema de la representación de las relaciones entre el todo y las partes. Como el objetivo del escritor antropológico era la "etnografía total" (la descripción completa de otra cultura o sociedad), la solución obvia consistía en atravesar, en orden secuencial, las unidades (complejos culturales o instituciones sociales) en las que —según se suponía sobre bases teóricas— las culturas o las sociedades estaban divididas. El resultado fue una tabla de contenidos mínimamente ortodoxa (geografía, parentesco, economía, política y religión) y la eventual creación de los Archivos de la HRAF. Tal estructura narrativa normativa prevaleció en la antropología desde los días de la reconstrucción de las culturas indias norteamericanas, pasando por los grandiosos proyectos etnográficos de Malinowski y Firth en los que los capítulos se convirtieron en volúmenes y por los "estudios de comunidades" de las décadas de 1940 y 1950, hasta la cada vez más común etnografía de "partes" (la religión de los tales y tales, por ejemplo, donde se supone que estudios posteriores rellenarán las partes "perdidas" de la etnografía total). En los experimentos recientes con la escritura etnográfica se han desarrollado por lo menos dos estructuras narrativas alternativas. Una consiste en convertir la naturaleza temporal de la experiencia del trabajo de campo en un marco de referencia es-

pacial para el texto (Briggs, 1970; Castaneda, 1968). La otra, en plantear un problema o paradoja cultural en el primer capítulo y, a través de cierto número de capítulos dedicados al examen del material relevante, llegar a una solución en las conclusiones.

2. La presencia no intrusiva del etnógrafo en el texto

La experimentación con el punto de vista ha sido desde hace tiempo uno de los elementos clave que distinguen el modo de escritura de la ficción y de la no-ficción. Además de eso, los antropólogos tempranos fueron altamente sensibles a la existencia de un predecesor inmediato y semejante contemporáneo de la etnografía profesional: el relato de viajes.² Una de las diferencias primordiales entre el relato de viajes y la etnografía realista es la marcada ausencia, en esta última, del narrador como una presencia en primera persona en el texto, y el predominio en su lugar de un narrador científico (invisible u omnisciente) que sólo se manifiesta como un observador desapasionado, semejante a una cámara; la tercera persona, colectiva y plena de autoridad ("el X hizo esto") reemplaza a la primera persona, más falible ("yo vi que el X hacía esto"). El efecto resultante, por supuesto, es paradójico. Mientras que el uso del autor omnisciente aumenta la sensación de objetividad científica proyectada por el texto, tal recurso también contribuye a quebrar la relación entre lo que el etnógrafo sabe y el modo en que ha llegado a saberlo. Mientras que existen, por cierto, algunas llamativas excepciones entre las etnografías realistas pioneras respecto de la estéril ausencia del narrador en el texto, incluso esas excepciones relegan al autor a prefacios, notas al pie o apéndices.³ *Naven* de Bateson (Bateson, 1958) siguió siendo durante mucho tiempo una rareza virtualmente única entre los relatos realistas, en su preocupación explícita por su textualidad en relación con sus objetivos analíticos.

² Por desdicha, las similitudes siguen siendo irresistibles para filósofos tales como Louch (Louch, 1966) y también para etnógrafos de ciertos pueblos como los beduinos; en este caso, toda una tradición de relatos de viaje ha ejercido un impacto apremiante y reconocido sobre la escritura profesional, véase la etnografía de Cole (Cole, 1975), que paga tributo a/y se encuentra claramente en la tradición de T. E. Lawrence, Charles Doughty y Wilfried Thesiger.

³ Véase además de la introducción de Malinowski a *Los argonautas, Coral Gardens and their Magic*, textualmente más interesante. En particular el Apéndice, titulado "Confesiones de ignorancia y de fracaso" (Malinowski, 1935, vol. 5, págs. 452-82), se encuentra en gran medida dentro del espíritu contemporáneo de autorreflexión y autocrítica; pero lo más notable es que critica no el trabajo de campo, sino todo el proyecto de investigación que el texto mismo comunica retrospectivamente. Véase también, por ejemplo, la breve pero atormentada introducción de Evans-Pritchard a *Los Nuer* (Evans-Pritchard, 1940, pág. 15) y el estilo autorreflexivo atípico de *Brujería, Magia y Oráculos entre los Azande* (Evans-Pritchard, 1937), atípico en razón de su desacostumbrado proyecto intelectual. Existen otros trabajos que son reseñas personales dentro de los márgenes del funcionalismo, tales como *Divinity and Experience* de Lienhardt (Lienhardt, 1961), pero están claramente fuera de la corriente principal.

3. El común denominador personal

Dada la abrumadora preocupación de los antropólogos tempranos por establecer la cultura o la sociedad como un foco legítimo de la indagación, era habitual que se suprimiera la existencia de los individuos en la escritura etnográfica profesional. En su lugar se colocaba una creación compuesta, el modelo normativo del rol o el carácter nacional. Existieron excepciones tempranas, pero se las concebía como un género separado, el de la "biografía antropológica" (Barton, 1938; Blowsnake, 1926). Nuevamente, surge la misma paradoja que en el caso del punto de vista: una desconexión entre los datos del trabajo de campo y la generalización etnográfica resultante. La exclusión de los personajes individuales de la etnografía realista probablemente explique, mejor que cualquier otro factor por separado, el tono seco e ilegible de tales textos, algo que el uso esencialmente ilustrativo de los estudios de casos (en realidad, un intento de hacer entrar la caracterización por la puerta trasera) sólo podía compensar en parte. Más aun, es notable el giro hacia la caracterización que tiene lugar apenas uno pasa de la etnografía escrita para colegas profesionales a la etnografía diseñada para consumo del público en general. En las obras contemporáneas se aprecia una tendencia creciente hacia un estilo de caracterización mucho más rico y más particularista; tanto que en algunas obras el límite tradicional entre los modos de escritura fáctica y ficticia se ha visto seriamente violado (Castaneda, 1968; Crapanzano, 1980; Turnbull, 1972).

4. La marcación de la experiencia del trabajo de campo

Desde los mismos inicios de la etnografía realista, ciertas indicaciones directas de las condiciones y experiencias del trabajo de campo resultaban cruciales para establecer la autoridad global de los textos antropológicos como una especie de legitimación envolvente, bajo la cual poder reivindicar argumentos específicos y validar la evidencia. Dado lo inmensamente pretencioso que es el intento de escribir una "etnografía total" y dado el tiempo necesariamente limitado que se había pasado en el campo, esto implicaba admitir la fallibilidad del etnógrafo por un lado, para poder establecer, por el otro, la credibilidad general de sus afirmaciones específicas. La solución, sumamente estereotipada (y en sí misma un correlato del tratamiento del punto de vista que discutimos más arriba), consistió en relegar la información sobre el trabajo de campo verdaderamente desarrollado a prefacios, notas al pie y apéndices, con alguna que otra incursión ocasional en un capítulo introductorio. La distribución a lo largo de un estudio típico de mapas, dibujos y fotografías, cuya presencia como marcadores simbólicos del hecho de "haber estado allí verdaderamente" era al menos tan importante como la información que pretendían comunicar, era un refuerzo suplementario. En esencia, el estándar que se desarrolló a partir de los modelos pioneros, consistía en señalar las condiciones de trabajo de campo, pero sólo como un aspecto marginal y relativamente no

integrado al resto del texto. Fue este virtual silencio lo que originó el relato del trabajo de campo, un género que anticipó con cierta ingenuidad —y que en parte inició— la tendencia actual a la experimentación en la escritura, en la que ha habido un esfuerzo general para aprovechar la experiencia de campo en el análisis etnográfico mismo.

5. *El foco en las situaciones de la vida cotidiana*

La presentación de detalles a través del análisis de situaciones o sucesos espacial o temporalmente circunscritos, ha constituido una forma común de representar la vida real en las etnografías realistas. Ese análisis no sólo tiende a validar indirectamente la sensación de intimidad del etnógrafo para con sus sujetos, sino que también proporciona, quizá, la síntesis perfecta de los objetivos interpretativos y de los realistas: los conceptos del análisis se superponen, y a menudo son idénticos, a los términos básicos mediante los cuales se puede describir una situación. En la etnografía funcionalista, esta convención alcanzó su desarrollo más sofisticado en la etnografía producida por la “escuela” de Manchester, y más particularmente en la obra de Victor Turner (Turner, 1957). La técnica del análisis de casos fue elaborada por los antropólogos de Manchester tanto para organizar los textos etnográficos como para orientar la recolección del material de campo. Con la poderosa influencia de la perspectiva legal de Max Gluckman, el método de casos recurría a una especie de autoridad alternativa con respecto a los cánones positivistas de la ciencia, pero que permanecía bien dentro de los modos legitimados para justificar un argumento en la academia occidental. Sólo el razonamiento legal tenía tanto prestigio como el método científico. De esta manera, el método de casos representó la solución más original, durante el período funcionalista, al problema de legitimar la producción del conocimiento con referencia a modelos generales de evidencia, sin dejar de emplear un instrumento semiliterario. Más recientemente, los etnógrafos han tomado en préstamo, en formas tan concentradas como diversas, marcos de referencia teóricos propios de pensadores y disciplinas capaces de proporcionar conceptos para el estudio de la interacción cara a cara. Esto ha incorporado muchas cosas de la lingüística interaccionista, de la fenomenología, del interaccionismo simbólico y de ciertas perspectivas únicas e individuales, como la de Erving Goffman.

6. *La representación del punto de vista nativo*

El relato de viajes es en general de tono perentorio y confiado en sí mismo, como es propio de un género de lectura que pretende una traducción culturalmente compartida de otro modo de vida (Fussell, 1981), pero el relato etnográfico realista, durante mucho tiempo, se ha dedicado a presentar el material como si fuera (o como si representara fielmente) el punto de vista de sus

sujetos culturales, más que el de su propia cultura de referencia. El propósito de representar la realidad de un mundo entrañaba el intento de representar el mundo de los otros tal y como estos otros lo veían; sólo recientemente la problemática implicada por ese objetivo ha merecido una discusión teórica sofisticada. Estas son las sucesivas fases en el desarrollo de dicha doctrina: en la etnografía realista temprana la doctrina asumió la forma de simples afirmaciones respecto de que un informe determinado presenta o debería presentar la perspectiva nativa sobre el asunto (como en las etnografías de Malinowski); luego, el uso de declaraciones nativas con sus traducciones, para dejar “que ellos hablen”, pero sólo con la estrecha vigilancia editorial del etnógrafo (como en las etnografías de Firth); luego, un largo período durante el cual prevaleció la idea —alardeada, pero no sujeta a examen— de que el relato funcionalista incorporaba (o era fiel a) el punto de vista nativo; luego, un giro hacia una visión distintivamente mentalista de la estructura social y de los puntos de vista nativos, debido a la influencia de Lévi-Strauss; o el proyecto, sistemático pero ingenuo, de los etnosemánticos; y la fase más reciente de legitimación filosófica, en la que las interpretaciones de los reportes etnográficos se enmarcan en una meditación sobre la traducción y los problemas del significado. Esta última, una preocupación común de muchos de los experimentos actuales, afronta finalmente todo el ámbito del problema que supone tratar de captar lo que esta convención entraña. Pues es precisamente el status no resuelto de esta cuestión lo que la ha hecho tan productiva en la gestación de toda una variedad de análisis, una vez que ella se abrió a examen en el discurso que los antropólogos sostienen sobre sus propias prácticas de escritura. Como se verá, los relatos contemporáneos que cuestionan con mayor fuerza la posibilidad de representar de un modo realista y no ficticio la subjetividad del otro, son aquellos que se encuentran experimentando en los límites o más allá de las fronteras del género realista.

7. *La extrapolación estilística de datos particulares*

Tomando a la “etnografía total” como su objetivo, los autores de etnografías realistas desarrollaron tempranamente un estilo distintivo de escritura que constituye, desde hace tiempo, una de las características dominantes del género. A despecho de la comprobación de que el trabajo de campo en el que se basaba cualquier estudio se hallaba seriamente restringido, tanto espacial como temporalmente, el estilo del reporte siempre propendió firmemente a la generalización, en vez de mantenerse a nivel del mero detalle de hechos particulares acumulados durante la investigación. Los particulares de cualquier cosa que se investigara (rituales, prácticas matrimoniales, formas de organización política, etc.) rara vez se presentaban en su individualidad; más bien se los amañaba en una afirmación de tipicalidad (un ritual típico, una práctica matrimonial típica, una típica reunión de la aldea, etc.). Lo que es significativo aquí es que este efecto se lograba mediante un estilo de escritura que, cuando se

acoplaba a las demás características del género, se las arreglaba con éxito para divorciar la experiencia de campo y la información derivada de ella de lo que se comunicaba al lector. Para bien o para mal, esta discontinuidad significa que es imposible desandar el camino desde el reporte final hasta el trabajo de campo original, de una manera parecida a la del químico que desanda un experimento reportado por otro químico. El reciente aluvión de experimentaciones ha tratado de rellenar esta laguna reduciendo básicamente la escala del estilo de escritura al nivel de una presentación de evidencias particulares obtenidas en el campo, acompañada de una autoconsciente elaboración de las generalizaciones.

8. Embellecimiento por medio de la jerga

Otro elemento importante en el estilo de la etnografía realista fue el desarrollo y el uso de términos pertenecientes a una jerga, cuya sola presencia ha sido una de las demostraciones genéricas más claras de que un texto dado constituía una etnografía. Ciertamente, la ausencia de jerga en una obra era uno de los signos esenciales de que ella apuntaba a un lectorado popular, más que a uno académico. La introducción de jerga ha servido, además, para afirmar simbólicamente la competencia antropológica del autor y para reforzar el estilo de generalización que comentáramos más arriba. No obstante, los etnógrafos siempre han tenido que medirse un poco en el uso de la jerga, a riesgo de crear representaciones demasiado generalizadas de realidades culturales particulares: una paradoja latente, que se ha evitado merced a un juicioso equilibrio entre la jerga técnica y los conceptos nativos. Las etnografías experimentales más recientes tienden a evitar esta paradoja simplemente arrojando al agua la jerga y concentrándose en la explicación de los conceptos nativos; una estrategia que a menudo presta a dicha escritura un tono superficialmente aun más realista.

9. Exégesis contextual de los conceptos y el discurso nativo

Dado que trabajar en la lengua nativa es uno de los pilares que sustentan el trabajo de campo como una base preferencial para discutir el punto de vista nativo, la evidencia de la competencia lingüística del etnógrafo —aunque sea indirecta— es una de las representaciones claves y más sensitivas que se puede lograr en un texto realista. En la reacción crítica frente a un proyecto etnográfico, éste es uno de los criterios más salientes sobre el que se lo juzga. Y sin embargo es uno de los aspectos de la experiencia de campo sobre el que los textos son, generalmente, más silenciosos; esto es algo sobre lo que se debe “leer entre líneas” en un reporte etnográfico. Admitir incompetencia o reconocer el uso extensivo de intérpretes equivale a minar seriamente la autoridad del escritor (o al menos del clásico reporte realista). Pero ésta no es necesaria-

mente una cuestión de deshonestidad: la mayoría de los etnógrafos trabaja en la lengua de los actores, pero también la mayoría nunca alcanza el ideal de un control perfecto de la misma en el campo. Es difícil escribir con precisión y en términos generales sobre la propia competencia lingüística.

En la etnografía funcionalista, construida sobre abstracciones conceptuales que eludían toda atención directa al lenguaje, el etnógrafo podía permanecer silencioso acerca de su dominio de las cuestiones lingüísticas. Pero con el impacto de los modelos lingüísticos y de las teorías del significado que dependen de la exégesis de conceptos indígenas, el silencio sobre la competencia lingüística debía romperse. En los trabajos recientes los etnógrafos siguen siendo renuentes en la explicitación de su control del lenguaje, pero tienen que manifestar competencia lingüística como una parte integral del análisis. En numerosos textos recientes, la exégesis contextual de conceptos claves constituye la forma principal en que se estructura el análisis etnográfico (por ejemplo, Rosaldo, 1980; Schieffelin, 1976). La exégesis contextual de conceptos nativos es a la etnografía interpretativa lo que el parentesco y la estructura social fueron a la etnografía funcionalista: en ambos casos, los etnógrafos podrían constituir sus reportes sin haber cumplimentado la tremenda cantidad de trabajo de campo necesaria para satisfacer las convenciones, tal como idealmente se las concibe. Ambos son modos de representación que permiten al etnógrafo decir lo que sabe autorizadamente. Es posible que un control lingüístico total no sea necesario para establecer la autoridad etnográfica, y que sólo se necesite más bien controlar esa parte del lenguaje relativa a un trabajo de interpretación definido. Parte del trabajo de interpretación consiste, entonces, en obtener un nivel de competencia en el lenguaje particularmente alto pero selectivo, a través de preguntas y chequeos intensivos, necesarios para un análisis particular. El ideal del control lingüístico, de esta manera, ha sido puesto en línea con una base más realista de la autoridad etnográfica, confinada a los problemas específicos del texto y no al mito del trabajador de campo omnisciente que antes dicho ideal evocaba.

Al clasificar generalmente a la etnografía como un arte descriptivo que encajaba torpemente en el conjunto de metodologías prevalentemente positivistas, las ciencias sociales impidieron la clase de discurso crítico sobre la práctica etnográfica conforme a las convenciones señaladas que pudiera tener implicancias subversivas para sus propios métodos. De la misma manera que al privilegiar la literatura como un arte, al mistificarla como una actividad, se bloquea la investigación sobre su práctica (Williams, 1977), al concebir la etnografía como un arte tanto se la respeta como se la mantiene a distancia, lejos de la corriente principal de investigación social. Durante mucho tiempo, los antropólogos estuvieron atrapados entre su pertenencia a una ciencia social y el uso de sus métodos, sin un marco de referencia para evaluar a éstos críticamente. El ambivalente silencio resultante sobre la misma actividad de investigación que había conferido a la disciplina su profunda identidad, fue roto

primero por la literatura confesional del trabajo de campo y luego, principalmente, por nuevas orientaciones teóricas más preocupadas por el significado que por la acción. Estas derivaban de la teoría social europea, y tuvieron un impacto disruptivo sobre los "primeros principios" a lo largo de las ciencias sociales, con la posible excepción de la economía (Bernstein, 1976; Geertz, 1980; Giddens, 1976 y 1979). El impacto ha sido quizá más fuerte en la antropología, porque la etnografía literalmente había estado esperando un cuerpo teórico semejante. Característicamente, en lugar de dar origen a un nuevo cuerpo autónomo de teoría antropológica que sucediera al estructuralismo (el cual, aunque sumamente estimulante, perdió eficacia como paradigma de investigación porque no guiaba a la etnografía), estas orientaciones sobresalieron precisamente porque podían someterse a una prueba práctica —por así decirlo— en la escritura de análisis etnográficos desde el trabajo de campo. Su manifestación no ha sido a través de un aluvión de tratados teóricos, sino de una proliferación de experimentos en la escritura de textos etnográficos.

En esta tendencia Clifford Geertz ha sido una figura influyente, no sólo como escritor de etnografías sino como introductor de fuentes de estímulo teórico. No hay una escuela geertziana como tal, pero la discusión de su obra y de la de sus alumnos configura uno de los centros —quizás el más vigoroso— de todos estos experimentos. La etnografía se ha convertido en un modo de hablar sobre teoría, filosofía y epistemología, mientras se realiza el trabajo tradicional de interpretación de los diferentes modos de vida. Existen otros modelos estilísticos de los experimentos actuales aparte del de Geertz (especialmente Bateson y Evans-Pritchard), y el mero espíritu innovativo de esta tendencia, que procura apartarse de un género restringido, significa que los escritores se oponen a reconocer explícitamente que sus esfuerzos compartidos constituyen algo así como una "escuela". Sin embargo Geertz es por lo menos históricamente importante para esta tendencia, tanto por su notable independencia de estilo como por el hecho de que su obra, aparecida cuando declinaba el vigor del funcionalismo, sirvió para inspirar la tendencia actual de proyectos experimentales de la que ella es pionera. Más importantes que sus etnografías han sido sus series de artículos, comenzando con el ensayo sobre la riña de gallos balinesa (Geertz, 1973), que han servido por lo menos para poner a prueba y alentar la tendencia. De esta manera, Geertz quizá lideró inicialmente la tendencia y la promulgó con amplitud en el interior de la antropología y hacia otras direcciones relevantes de las humanidades y las ciencias sociales a través de artículos elevadamente literarios; pero él no domina artificialmente, en absoluto, el amplio conjunto de etnografías muy personalmente elaboradas que han aparecido en los últimos tiempos.

Habiendo esbozado las condiciones que originaron los actuales desafíos a las convenciones realistas establecidas y tras delinear las convenciones mismas, podemos discutir ahora la naturaleza de los experimentos en las etnografías actuales. Para soslayar el riesgo de desarrollar un catálogo demasiado doctrinario e ilegible —el cual sería ciertamente el caso si enmarcáramos nuestra discusión en términos de las nueve convenciones ya enumeradas—

hemos preferido refundir nuestro análisis en términos de tres cuestiones fundamentales, parcialmente solapadas: desde la perspectiva del escritor: a) cómo se han modificado o reemplazado las convenciones para establecer nuevas formas de autoridad textual; b) cómo se comunican al lector la autenticidad y la plausibilidad de las interpretaciones en un texto, y c) cómo reciben la escritura etnográfica los diferentes lectorados.

La autoridad de los textos etnográficos

El positivista podría preguntar por qué el escritor etnográfico experimental no conduce su reflexión epistemológica en privado y luego publica desapasionadamente los datos confirmados, como conocimiento seguro y objetivo. Esta postura no pretende la quiebra fundamental entre el saber sujeto a métodos hermenéuticos y la tradición racional que se origina en la Ilustración. Tal como lo articula Gadamer (Gadamer, 1975), el acto interpretativo, concebido como un proceso de traducción en un diálogo continuo entre intérprete e interpretado, depende del examen *explícito* de los propios sesgos y supuestos como una etapa de análisis básica y positiva que avanza de una manera dialéctica. En términos de retórica y de práctica de la escritura etnográfica, esto involucra indagar la forma en que se establece la autoridad en el texto. La autoridad es la estructura combinada de una legitimación envolvente y de los estilos de evidencia que se derivan de ella a través de las descripciones página a página y de las afirmaciones de un texto. Esta estructura, inherente al texto, debería reforzar constantemente y en forma inconsciente la confianza del lector en los conocimientos del autor en tanto credibilidad suficiente de lo que el texto afirma.

La mayor parte de los experimentos actuales no trasciende los objetivos realistas o las convenciones de la etnografía, sino que más bien las pone en línea con un giro hacia un interés orientador mucho más explícito en los problemas del significado y en la sensibilidad hermenéutica que esto conlleva. La forma de expresar la autoridad en las etnografías que está surgiendo se manifiesta en una característica saliente de los textos experimentales, ya señalada, cual es la de ofrecer y sustentar las argumentaciones mediante la autorreflexión y la intrusión calculada del etnógrafo. Sólo en el contexto del programa hermenéutico esta característica se constituye en la dinámica merced a la cual la autoridad textual se alcanza.

La autoridad se apreciará mejor si discutimos tres trabajos constructivos que se confrontan en la escritura etnográfica contemporánea: establecer una presencia narrativa, definir una organización textual y preencodificar la presentación de los datos. Colectivamente, dichos trabajos modifican las convenciones realistas cuestionando las hazañas epistemológicas que se exigen a los trabajadores de campo y que presuponen las expresiones textuales de esas convenciones. La influencia hermenéutica en los experimentos contemporáneos es en cierto sentido una representación aun más realista, dentro del texto, de los alcances de las representaciones realistas. La pregunta, que se desarro-

lla brevemente más abajo, es hasta qué punto en la escritura de etnografías experimentales se pueden transformar fundamentalmente estas convenciones y, con ellas, los objetivos tradicionales de la etnografía.

1. Estableciendo una presencia narrativa

En la escritura etnográfica actual, la intrusión del etnógrafo y su experiencia de trabajo de campo, característicamente desarrollada en forma marginal o aun reprimida en el realismo etnográfico clásico, se ha convertido quizás en el foco central de la elaboración y la experimentación. Este foco se debe al rol teórico sustantivo que la autorreflexión ha alcanzado gracias a la influencia de perspectivas que enfatizan el significado y la interpretación. Los lectores deben prestar una atención cuidadosa a las diversas formas en que las marcas de la enunciación (por ejemplo, el uso de la primera persona por parte del autor), las fabulaciones sobre el rapport en el campo y más generalmente la representación de la experiencia del trabajo de campo aparecen escritas en el texto, porque todo esto constituye precisamente la retórica básica de autoridad que legitima todo lo que se diga o se afirme acerca del "otro".

Una vez que se establece un marco para la presencia narrativa (en conjunción con las otras operaciones que luego se discutirán), la intrusión de testimonios personales en distintos puntos de un texto juega un rol sumamente crucial y sutil como soporte de determinadas ideas y argumentos desarrollados en el curso de la descripción. Por ejemplo, en *The Sorrow of the Lonely and the Burning of the Dancers*, de E. L. Schieffelin (Schieffelin, 1976), el incidente en primera persona aparece ocasionalmente en la narración, por lo común como un "remache" o elaboración final de un punto interpretativo. Sin embargo, esas intrusiones son mucho más que las ilustraciones marginales que podrían aparecer en los textos funcionalistas. El texto de Schieffelin se encuentra escrito y presentado de una manera autorreflexiva tal que la intrusión de testimonios personales bajo la cáscara de la legitimación hermenéutica es la forma de soporte más persuasiva para sus argumentaciones de tipo interpretativo.

Como problema de escritura, muchos de los aspectos de la cuestión de establecer la presencia narrativa se resuelven de acuerdo con la manera en que el etnógrafo comienza su texto. En las etnografías contemporáneas, una de las formas más efectivas y comunes en que se introduce la autorreflexión es la de colocarse uno mismo en un contínuum histórico con todos los extranjeros anteriores que han observado y vivido en el grupo sobre el cual se escribe. Este es un comienzo particularmente efectivo cuando uno puede orientar su etnografía en relación directa con las lagunas y problemas de las etnografías anteriores (véase especialmente Rosaldo, 1980; Weiner, 1976). Se trata de señalar un problema o un enigma que el trabajo debe resolver, y que se localiza no tanto en el interior de la cultura misma como en la forma en que ésta ha sido interpretada en el pasado. De esta manera, la autoridad del texto actual se sitúa con precisión en un contexto hermenéutico, y lo que sigue a partir de allí

queda naturalmente abierto al apoyo retórico de las descripciones y de las afirmaciones realizadas a título de testimonio personal.

2. Definiendo una organización textual

Un texto etnográfico requiere una concepción general en forma de alguna clase de imaginaria organizacional de su objeto temático, dentro de la cual se habrá de confinar todo lo que le concierna. La autoridad del escritor etnográfico queda así ligada, en última instancia, a la clase de historia que él define. La narrativa histórica se puede prestar mejor a un formato argumental; pero el efecto de la narrativa etnográfica no está menos determinado que el de aquella por el tipo de marco organizacional en el cual se captura y se pone en foco la atención del lector sobre los detalles descriptivos.

La etnografía funcionalista descansaba en el concepto de estructura social (léase parentesco) como un marco dentro del cual asuntos aceptados y más encasillados tales como la religión, la economía y la política (todos ellos diferenciados como instituciones en las sociedades complejas), podían discutirse sistemáticamente. Escritores como Bateson, Turner, Evans-Pritchard y Monica Wilson ofrecieron organizaciones textuales idiosincráticas que tuvieron su atractivo, pero no ha habido ningún desarrollo amplio y ninguna adaptación de ellas hasta muy recientemente. Una vez más, la mayoría de los experimentos actuales meramente enriquece, con influencias hermenéuticas más explícitas, lo que fue marginal o ignorado en las etnografías realistas tradicionales. Existe una variedad de formas establecidas de organizar el objeto temático, mediante una concepción holística referida a qué es lo que una etnografía está haciendo: meditar sobre un suceso, un ritual, una práctica o un concepto que se presenta inicialmente como problemático (por ejemplo, Lewis, 1980; Schieffelin, 1976; Shore, 1982); tomar parte de una unidad (por ejemplo, Geertz, 1975; Stack, 1974); acompañar una actividad (por ejemplo, Malinowski, 1922); seguir a actores o a grupos a través de un proceso temporal, incluyendo un siglo, un año o aun un día en la vida de una aldea o de un grupo, la historia de vida individual y los estadios de vida de las personas en general, diferenciadas por edad y género (por ejemplo, Rosaldo, 1980). Estas son formas organizacionales básicas, sujetas a combinación y a elaboración creativa por parte de los escritores etnográficos contemporáneos. En esta tendencia de experimentación también aparecen textos únicos que son difíciles de relacionar con los modos anteriores, tales como *Mehinaku* de Gregor (Gregor, 1977), inspirado por Erving Goffman, que presenta sistemáticamente la "imagen negativa" de la privacidad en una sociedad tribal estrechamente ligada, y *Deadly Words* de Favret-Saada (Favret-Saada, 1980), que, quizá de mayor éxito que cualquier reseña que hayamos leído, utiliza la experiencia del trabajo de campo como la imagen organizacional para un análisis que es primordialmente sobre el "otro".

Uno de los modos más efectivos y comunes de organización textual es el

primero que mencionamos antes, el cual fue prominentemente desarrollado por primera vez en *Naven* (Bateson, 1958) de Bateson: presentar un suceso o una práctica ricamente descrita que corporiza un enigma para el lector, moverse luego a lo largo de una serie de tópicos que en general tienen que ver con la cultura, pero que se relacionan con el enigma original, y finalmente reconsiderar el éxito o la práctica, resolviendo o explicando al lector el problema, contextualizándolo a través de capítulos intermedios que versan sobre la organización cultural y social. Este concepto organizacional es potencialmente muy efectivo, debido a que es capaz de integrar todas las convenciones realistas presentadas en la última sección en una sola estrategia narrativa que posee la coherencia de la narración de historias, pero que permite también cierta digresión y descripciones particulares.

Sin embargo, los textos que nos son familiares y que han utilizado esta organización han fallado hasta ahora en aventar la impresión de que esta técnica es meramente un recurso autoconsciente y sagaz, y no una organización narrativa integrada. La etnografía que interviene en esos textos a menudo va más allá del detalle necesario para explorar el suceso focal introductorio, explicada finalmente en la conclusión de cada texto, y en la organización se percibe cierta sensación de desprolijidad. La naturaleza artificiosa del efecto se debe a la mezcla de las cualidades literarias de la introducción y la conclusión con el lenguaje más austero y analítico de las discusiones que componen el cuerpo del texto. Sin embargo, parece haber un respeto y una aprobación general hacia estos esfuerzos experimentales; y, concurrentemente, la transparencia de la técnica no ha suscitado críticas capaces de inhibir su evolución ulterior como un modo distintivo de escritura etnográfica. Pero a medida que esos textos se tornan más articulados para servir a su problemática organizacional de explicar los sucesos o las prácticas enigmáticas, la preocupación por la forma puede tener un efecto aun más selectivo sobre lo que se reporta o no se reporta de lo que es el caso con los desmañados usos actuales, en los que los capítulos intermedios tienden a cubrir un rango de temas muy amplio sin reconocer la necesidad de restringirse al enigma organizante.

3. Precodificando la presentación de los datos

Lo que en el texto se representa como los hechos o los fenómenos empíricos bajo análisis depende mucho de la manera en que las dos dimensiones de la autoridad textual hayan sido manejadas por el escritor. La instancia que el narrador seleccione en relación con un objeto de estudio define la forma de los datos. Por ejemplo, a veces los etnógrafos sugieren la analogía de que ellos son como niños o aprendices que aprenden las reglas de la conducta cotidiana o de la conducta ritual a partir de la perspectiva de los actores. Alternativamente, y ahora más a la moda, se pueden concebir a sí mismos como traductores que confrontan actos culturales a interpretar o decodificar. La primera instancia acomoda intereses teóricos cognitivos, lingüísticos y fenomenológicos que han

sustentado la escritura etnográfica y genera como datos descripciones de conducta, clasificaciones, juegos de lenguaje y sistemas de reglas. La segunda acomoda intereses teóricos semióticos, estructuralistas y simbólicos más generales y genera descripciones de secuencias ordenadas de interacción como comportamiento simbólico. La manera en que se haya diseñado el espacio organizacional de un texto establece la instancia del narrador y refina de allí en más el "montaje" de los datos para la interpretación. Los argumentos (Schiefelbusch, 1976), los dramas sociales (Turner, 1957), los textos (Geertz, 1973), las taxonomías (Spradley, 1970), los conceptos clave o las categorías en uso (Rosaldo, 1980) y los sucesos rituales (Lewis, 1980), entre otros, han servido como recursos de encuadre para seleccionar detalles para la presentación textual, operando al mismo tiempo como marcos interpretativos. De este modo, el análisis interpretativo se halla estrechamente implicado en —y es casi indistinguible de— la manera en que su objeto se presenta como dato.

Para comprender el desarrollo actual de la escritura etnográfica experimental, es importante distinguir dos estilos prominentes en el cumplimiento de la tarea —ya señalada— de relacionar las descripciones textuales con su interpretación. O bien lo que se interpreta se establece primariamente en las interacciones del etnógrafo con otros significativos en la cultura, tales como el clásico informante clave, o bien se lo construye como un elemento aislado, que está por lo menos un paso apartado de los contextos de diálogo e interacción del trabajo de campo en los que el etnógrafo es una presencia principal y elicitante. En el primer caso, los datos se representan como subsumidos en diálogos entre el informante y el etnógrafo, el cual posee sus propias observaciones en las que confía a los efectos contextuales; en el segundo, el etnógrafo como observador o traductor se encuentra separado de lo que interpreta y sólo descansa marginalmente en el diálogo contextual con los informantes para otorgar forma a sus análisis incorpóreos de textos, argumentos, situaciones o rituales.

Muchas etnografías combinan estos estilos de presentar los datos, pero uno u el otro son predominantes como foco para definir el sujeto temático de la etnografía. En un artículo excelente, pero aún no publicado, sobre la autoridad etnográfica (Clifford, 1980) Clifford compara el modo dialógico, corporizado en el discurso entre etnógrafo e informante [y común a las etnografías psicológicamente orientadas, como las de Levy (Levy, 1973) y Crapanzano (Crapanzano, 1980)], con el modo textual, en el que el etnógrafo se ocupa de las conductas nativas abstraídas de contextos específicos de comportamiento en que el etnógrafo está presente como participante. Mediante una variante u otra, el realismo etnográfico en sus formas clásicas y experimentales ha utilizado el modo textual de representación de su sujeto temático, el cual encuentra su expresión más elaborada y autoconsciente en los artículos de Clifford Geertz (Geertz, 1973, 1976). Ricoeur (véase Ricoeur, 1973) proporciona el estímulo teórico para llevar a cabo la textualización del discurso del trabajo de campo al modo que los datos puedan ser encuadrados de una forma que complementa la concepción del etnógrafo como traductor o lector de textos. Para extender la analogía literaria, estos textos generalizados, definidos por el escritor etno-

gráfico para su interpretación, se suponen de autoría cultural.

El modo dialógico depende de una representación del discurso concreto del trabajo de campo, y pese a no ser menos una construcción del escritor etnográfico que la textualización de Geertz, por lo menos intenta permanecer, en su representación de los datos, cerca del material del que se abstraen los textos culturales para su interpretación. Lo que es más, el modo dialógico pretende mostrar que el corazón del análisis etnográfico debe estar en la negociación de realidades compartidas entre el etnógrafo y el sujeto. Clifford sugiere entonces que la forma de la alternativa etnográfica al modo dialógico estaría en la presentación literaria de lo que él llama autoridad dispersa, cuya consecución es, según cree, el problema crucial de los experimentos contemporáneos en escritura etnográfica. La autoridad dispersa es el intento de evitar la domesticación del texto etnográfico por un autor predominante, merced al reconocimiento de que el conocimiento de otras formas de vida involucra varios autores de facto, que deberían tener presencia narrativa en las etnografías (véase Hahr, 1974; Bulmer, 1978). Cómo se han de representar en el texto otras voces autorizadas junto a la del escritor etnográfico y quién reconoce los objetivos de la autoridad dispersa son problemas cruciales para la experimentación hacia la cual los ejemplos actuales del modo dialógico en la presentación del sujeto temático de una etnografía (por ejemplo, Crapanzano, 1980) se pueden considerar como una etapa.

Las tres tareas constructivas discutidas en esta sección afectan la autoridad textual envolvente del escritor etnográfico. Las primeras dos, y por lo común también la tercera, han permanecido dentro de los objetivos realistas tradicionales del género etnográfico, pero muchas convenciones de larga data se han transformado creativamente. A despecho de todas las salvedades epistemológicas, la mayor parte de la escritura experimental conserva obstinadamente el objetivo de presentar una visión autorizadamente real de otras formas de vida para la lectura profesional. Sólo con la tercera tarea de definir un foco descriptivo para el sujeto temático de las etnografías y, dentro de eso, la exploración de alternativas al foco dialógico, ha habido un movimiento aparente que se aleja de los objetivos realistas. Y como sugiere Clifford, esta transformación depende de un desafío a la estructura de una autoridad dominante singular en la etnografía de la cual han dependido para su expresión las convenciones realistas. Presumiblemente, la etnografía puede llegar a ser no tanto una interpretación coherente del otro, como una mezcla de múltiples realidades negociadas escritas en textos etnográficos de autoridad dispersa. En cierto sentido, este movimiento puede verse como una asociación bastante radical con la visión prerrealista de la etnografía como publicación de textos nativos. Sin embargo, ahora, en la incorporación de las voces nativas, se debe considerar la relación compleja entre el etnógrafo que escribe y el nativo que habla, así como el control de la comunicación de significados en un texto pensado para un ámbito de lectura predominantemente occidental.

El valor de este tipo de representación que no se preocupa por los límites del realismo podría no ser bien comprendido por muchos antropólogos cent-

poráneos y podría ser elocuentemente criticado por otros que examinen sus fundamentos. Por ejemplo, Tyler (Tyler, 1982, pág. 3) ha expresado en un artículo reciente:

Aquellos que hicieran... del diálogo el foco de la etnografía en cierto sentido estarían en lo correcto, porque el diálogo es la fuente del texto; pero el diálogo vertido como texto (lo que debería ser la consecuencia) ya no es diálogo, sino un texto disfrazado de diálogo, un mero monólogo sobre un diálogo, en la medida en que las apariciones del informante en el diálogo están por lo menos mediadas por el rol autorial dominante del etnógrafo. Aunque es ponderable incluir al nativo, su posición no es mejorada por ello, porque sus palabras siguen siendo sólo instrumentos de la voluntad del etnógrafo. Y si se pretende que el diálogo proteja la autoridad del etnógrafo pasando el paso de la verdad de las palabras del etnógrafo a las del nativo, esto es aun más reprehensible, porque ninguna invocación del "otro" puede establecerlo a él como el agente de las palabras y hechos que se le atribuyen en el registro de un diálogo, a menos que él también sea libre de interpretarlo y mecharlo con advertencias, apologías, notas al pie y detalles explicativos (pero contra Crapanzano, 1980). Estos por lo tanto no son diálogos, sino textos sofisticos como aquellos diálogos fingidos perpetrados por Platón.

Para los escritores de etnografías tradicionales y experimentales dentro de los límites del realismo, los experimentos con la autoridad dispersa corren el riesgo, por así decirlo, de dar por perdido el juego que ha definido la antropología social y cultural; pero si bien correr riesgos pertenece a la naturaleza de los experimentos, éstos pueden estimular, como reacción, una prolija reevaluación de lo que se considera deseable como práctica de investigación. De este modo, en la continuación del realismo etnográfico, ya sea por medios tradicionales o experimentales, los experimentos radicales más allá del modo dialógico sirven para enfatizar por contraste las habilidades de escritura necesarias para lograr el difícil balance de un texto que representa objetivamente otras formas de vida, mientras reflexiona salientemente sobre el trabajo de campo y los recursos literarios de su producción. La moda hermenéutica alienta el logro de la autoridad textual basada en el intento de encontrar este balance, y los experimentos más radicales subrayan los límites de esta empresa y los tipos de problemas y textos que pueden explorarse más allá de ella.

Para completar este punto, es importante señalar otra cuestión que está relacionada tangencialmente a los aspectos ya vistos de la autoridad etnográfica, pero que afecta notoriamente la capacidad del escritor para aparecer al mismo tiempo como científico y como intérprete. Esta es la dualidad impuesta a los etnógrafos por la difusión histórica del género entre las tradiciones científicas social y humanista. Por una parte, existe una tendencia inculcada a un estilo escrito en las etnografías de un marco de sistemas: las señales de un conocimiento confiable y seguro para el lector. Por la otra, uno de los mensajes de gran parte del espíritu hermenéutico e interpretativo en los experimentos etnográficos actuales es que los sentidos son contingentes a contextos

de interacción siempre cambiantes, que son imposibles de expresar como conocimiento determinante, agarrado con clavos por decirlo así, y que tanto los etnógrafos como sus lectores deben poseer una enorme tolerancia frente a la ambigüedad continua como un aspecto de la comprensión, en lugar de una explicación satisfactoria de un objeto fijo de análisis. No es que el análisis interpretativo sea necesariamente blando o nebuloso en su conceptualización, sino que él se confina a las condiciones por las cuales se produce el significado en la vida social. Algunas clases de interpretación, como las que se derivan del estructuralismo, están orientadas por sistemas formales y métodos que aparentan producir interpretaciones autocontenidas, formales. Estas han sido particularmente difíciles de adaptar como marcos modeladores de la escritura etnográfica. Otros tipos de interpretación, tales como los alentados por Geertz y los teóricos del interaccionismo simbólico en antropología, se alcanzan merced a la fuerza de su expresión literaria y de su imaginación en la discusión sobre la naturaleza esencialmente abierta de los significados culturales. Este tipo de interpretación se encuentra a sus anchas en la escritura etnográfica, pero es difícil abstraer un sistema teórico abstracto o un método a partir de sus diversas expresiones textuales [por ejemplo, ver el concienzudo análisis de Rice (Rice, 1980) sobre los variados usos del concepto de cultura en diferentes escritos de Geertz]. Como problema de la práctica de la escritura, existe entonces una oposición latente entre dos tipos de retórica en una etnografía experimental: la que intenta cerrar netamente un reporte con una explicación satisfactoria autocontenida (que es lo que esperan los lectores de la antropología como ciencia social) y la que deja el mundo observado como algo abierto, ambiguo y en continuo flujo (lo que puede resultar perturbador para los lectores, pero que es en parte el objetivo o el meollo de muchos experimentos).

Las etnografías experimentales manejan esta tensión de diversas maneras. Desarrollan algunas tareas analíticas y ciertas partes del texto con certeza y certidumbre; otras partes del mismo texto quedan suspendidas y desaliñadas: el autor elige autoconscientemente no ser autoritario en la orquestación de esas partes, porque ellas son presumiblemente conmensurables con la ambigüedad del fenómeno representado (por ejemplo, Rosaldo, 1980). Esta puede ser una forma mucho más honesta e interesante de construcción de texto, pero para los lectores de textos realistas convencionales puede ser desconcertante. La habilidad de balancear la escritura consiste entonces en no sobredeterminar lo que se reconoce como indeterminado, y en no minar las bases de autoridad del texto desorientando permanentemente al lector. Quizás el escritor pueda suscitar en el lector una tolerancia hacia la ambigüedad por medio de la cualidad literaria de su escritura o de la organización narrativa, y más generalmente por la habilidad con que ha llevado a cabo la tarea constructiva de establecer la autoridad de que hablamos más arriba. Si esto falla, si no se logran unir todos los cables en un análisis sistemático, la autoridad del texto se socava. El riesgo esencial de las etnografías actuales es que ellas tratan de operar con ambas clases de retórica en el mismo texto, persuadiendo a los lectores para que alternen los criterios según los cuales se acuerda al texto su confianza y su autoridad.

Aparte de su función legitimadora como forma de autoridad hermenéutica, un segundo efecto importante de las preocupaciones epistemológicas explícitas de las que los experimentos etnográficos contemporáneos están infundidos, es que aquellas preocupaciones facilitan la expresión de las diferencias culturales de una manera que las hace aparecer a la vez auténticas y plausibles para los lectores de las etnografías. La expresión de estas diferencias es inherente al cumplimiento de la convención realista de representar el punto de vista del nativo, lo que puede convertirse en una fuente de escepticismo entre los lectores. Puestos metafóricamente en el rol de traductores de textos o situaciones culturales, los escritores de etnografías experimentales se enfrentan al clásico doble vínculo de los traductores convencionales de textos estrictamente lingüísticos, tan bien expresado por Quine (Quine, 1960, pág. 58): "La traducción libre puede hacer sonar a los nativos tan extravagantemente como uno quiere. Una traducción mejor impone nuestra propia lógica sobre ellos..."

Dada la importancia particular que tiene para la etnografía realista la convención de representar el punto de vista nativo, las afirmaciones y descripciones del etnógrafo deben ser significativas para sus lectores a dos niveles, cuya interrelación es una problemática fundamental del lenguaje descriptivo en la escritura etnográfica. No sólo debe el lenguaje conceptual y descriptivo del etnógrafo tener sentido (común) para sus lectores dentro de su propio marco cultural de referencia, sino que debe comunicar a esos mismos lectores significados que ellos crean que tienen sentido (común, nuevamente) para los sujetos del etnógrafo.

El escritor utiliza un lenguaje de descripción que transporta, incorpora profundamente dentro de él, asociaciones que entrañan el sentido común de su propia cultura, sin las cuales la comunicación con sus lectores sería imposible. ¿Cómo representa entonces el etnógrafo a sus lectores, plausiblemente, las profundas diferencias que él percibe, mediante el uso de un lenguaje que se desde la base sutilmente etnocéntrico?⁴ Hasta el momento, la única solución a este acertijo ha sido un elaborado trabajo de construcción en la escri-

⁴ En nuestros supuestos sobre la naturaleza de las personas como actores sociales (supuestos que incluyen nociones de agencia, motivación y patrones de respuesta emocional) penetran sutilmente el lenguaje etnográfico de descripción, entonces los más innovadores de los experimentos recientes, los que cuestionan este esbozo conceptual de bajo nivel, son los que toman como su sujeto temático las teorías de la persona en otras culturas (véase Kirkpatrick, 1980; Levy, 1973; Rosaldo, 1980, por ejemplo). Estos experimentos se enfrentan directamente a cuestiones que están soterradas como supuestos en el lenguaje de las etnografías, cuyo foco analítico está fijado en un nivel diferente. Pero aunque las etnografías de la persona tratan de la forma quizá más radical en que difieren las culturas —a nivel de la agencia y definición de la persona— ellas mismas no extienden su visión sistemática de la persona a otros niveles de análisis. Aún está por verse un texto en el que los modelos de la persona y los modelos de la acción social sean integrados. Esta es precisamente la clase de texto que requiere una experimentación radical en las convenciones de representación de los mundos nativos desde sus perspectivas y experiencias auténticas, sin dejar de satisfacer un proyecto analítico que se define dentro de los límites y los intereses metodológicos de una disciplina académica occidental.

tura de textos etnográficos, el cual debe seguir un curso que evite tratar las diferencias culturales de los significados nativos como algo tan profundamente diferente que desoriente por completo el sentido común del lector ("haciéndolos sonar tan extravagantemente como uno quiera"), y que retrate las diferencias representadas como las auténticamente propias del nativo, más que como el producto del artificio retórico del etnógrafo.

En las etnografías experimentales contemporáneas, existe un marcado interés en representar los sistemas de significación de los mundos nativos como radicalmente distintos de los nuestros. De este modo, aun si los escritores de estos textos deben descansar sobre un lenguaje de descripción culturalmente sesgado, se esfuerzan en hacer de la diferencia cultural el objetivo clave de la construcción textual. Consecuentemente, los trabajos de preparar a los lectores para una suspensión al menos parcial de sus propios supuestos de sentido común y, más aun, de persuadirlos de la autenticidad de lo que se les ofrece como significados nativos, son cuestiones de inventiva retórica crucial en estos experimentos.

La preocupación epistemológica en las etnografías experimentales puede ser vista como una meditación filosófica que ejercita en público un cuestionamiento radical de los prejuicios y presuposiciones del etnógrafo. Esto al mismo tiempo ornamenta y prepara el camino para descripciones y análisis que, como representaciones de mundos nativos, de otro modo podrían parecer tan extrañas e implausibles a un lectorado imbuido de expectativas de sentido común, que estimularan un escepticismo aplastante. Al detallar su propio shock o sorpresa epistemológica en puntos críticos de la narración, el etnógrafo conduce a sus lectores hacia una postura particular en relación con las diferencias culturales. El escritor no le habla explícitamente al lector, informándole que lo que sigue le parecerá extraño, como en ciertos relatos de viaje de los siglos XVIII y XIX. En lugar de eso, ofrece una reseña de su experiencia intelectual y de trabajo de campo con la que los lectores pueden identificarse, y mediante la autorreflexión del escritor como vehículo narrativo, deslizarse en una receptividad hacia descripciones que de otra manera podrían parecerles implausibles. La autorreflexión epistemológica garantiza así contra el riesgo de un escepticismo emergente de una reacción de sentido común contra lo extraño. Este modo de marcar la representación de la diferencia cultural no sólo es más sutil que otras modalidades del pasado, sino que es sumamente característico de las inclinaciones introspectivas y existenciales en el pensamiento moderno en general.

Aparte de preparar epistemológicamente a los lectores para afrontar las diferencias radicales, la autorreflexión sirve para agudizar la separación entre el etnógrafo y su representación de la diferencia, alcanzando así el efecto de que los mundos nativos sean auténticamente distintos del suyo propio y de los nuestros. Esto es así a pesar del hecho de que la representación textual de la diferencia es, en honor a la verdad, el trabajo constructivo de la práctica de escritura del etnógrafo. En este sentido, la autorreflexión epistemológica debe ser vista sólo como la forma más contemporánea y sofisticada de una técnica retórica de contraste comparativo que ha sido empleada desde hace tiempo en las etnografías realistas. El objeto de tal contraste es afirmar redundante y ex-

plícitamente la autenticidad con que los lectores perciben los mundos nativos. Para ver la forma en que la autorreflexión epistemológica en las etnografías actuales encaja en este contexto en desarrollo, será mejor esbozar la historia del uso del contraste comparativo como un aspecto de la convención realista concerniente a la representación del punto de vista nativo.

La comparación de los contenidos de una etnografía con las prácticas culturales de sus lectores ha sido siempre una exposición razonada implícita y constitutiva del género, sea que los escritores etnográficos incorporaran explícitamente comparaciones en sus trabajos o no. Pero mientras la dimensión comparativa está implicada en el acto mismo de la escritura etnográfica, el uso explícito del contraste comparativo para efectos retóricos o como un modo de organización textual apareció en numerosas etnografías realistas pioneras. Por ejemplo, tanto Mead como Malinowski utilizaron comparaciones "nosotros-ellos" no sólo para proporcionar una razón básica para la escritura de sus textos, sino para sustentar, mediante el contraste, algunos de los puntos principales de diferencia cultural en el fenómeno que se hallaba en foco. En esas obras pioneras, las comparaciones se ofrecían a los lectores de manera didáctica y eran, obviamente, un esfuerzo para legitimar una disciplina novata ante el público euroamericano. La comparación en el texto sugería para la antropología una utilidad por partida doble: demostraba que mediante la comprensión de la cultura de los otros podemos, en contraste, comprender mejor la propia, y constituía el modo por el cual la escritura etnográfica comunicaba la doctrina de la relatividad cultural, que fue la contribución ampliamente reconocida de la antropología —en tanto disciplina de mentalidad liberal— en Occidente.

Moviéndose más allá de su etapa pionera y de sus tempranos intentos de legitimación, en los que se requería que la antropología definiese objetivos que fueran útiles en su propio contexto cultural, la etnografía continuó incorporando el contraste comparativo como un rasgo retórico y organizacional común, sin una necesidad apremiante de señalar su utilidad para la vida en las sociedades occidentales. De una manera que es muy demostrativa, las etnografías han estado ritmadas con diferencias explícitas "nosotros-ellos", en las que el "nosotros" se refiere monolíticamente a la cultura occidental, euroamericana, en contraste con el "ellos", que es la aldea, grupo o cultura *específica* en tanto sujeto de la etnografía.⁵ Mientras que estas citas comparativas son gruesas y con certeza no serían satisfactorias en textos que sean manifiesta y sistemáticamente comparativos en sus propósitos, proporcionan no obstante un sustento retórico muy fuerte para hacer que las prácticas y significados nativos, apartados de los nuestros, parezcan auténticamente los suyos propios, y no sólo el trabajo del "bricolage" imaginativo del escritor, a partir del conocimiento que

⁵ Como ejercicios ejemplares de tipificación ideal Weberiana, algunos trabajos recientes, teóricamente reflexivos, han empleado el conocimiento que tiene el escritor sobre otros específicos para construir contrastes holísticos entre el otro monolítico (es decir, la sociedad tradicional en todas sus variedades) y una modernidad igualmente monolítica, a la cual la concepción del capitalismo occidental de los historiadores sociales ha aportado su imaginaria (véase, por ejemplo, Taussig, 1980; Wagner,

éste ha adquirido sobre otra forma de vida. De esta manera, el contraste comparativo en las etnografías ha pasado sutilmente de servir como pretexto didáctico para la antropología en su propia cultura, a servir como un recurso de rutina para lograr la convención del género de representar la diferencia, y especialmente de la diferencia que concierne a la subjetividad nativa.

El contraste comparativo en las etnografías ha sufrido un giro adicional y ha llegado a ser visto como la encarnación del problema clave de la traducción cultural que discutimos más arriba. Este es el dilema de expresar las diferencias culturales mediante el uso de un lenguaje y de conceptos sutilmente sesgados, que los antropólogos toman prestados ya sea de su uso cotidiano en la propia cultura, o de disciplinas especializadas, tales como la economía y el derecho, orientadas al estudio de instituciones occidentales. Durante las décadas de 1950 y 1960 surgió una serie de debates en la antropología social y cultural que dominó sus campos específicos y en algunos casos constituyó su instancia fundacional. Estos debates tomaron la forma de discusiones a favor o en contra del uso de conceptos occidentales para describir e interpretar fenómenos no occidentales: en antropología legal, se suscitó la controversia entre Bohannan y Gluckman sobre los términos apropiados para comprender la ley en las sociedades tribales; en antropología económica, ocurrió el debate entre formalistas y sustantivistas sobre la propiedad de la aplicación de conceptos de la teoría económica occidental a las así llamadas economías primitivas; y en los estudios del parentesco, se manifestó la teoría radical de la cultura de Schneider, que pretendió desconstruir como campo de interés el parentesco basado en concepciones genealógicas (occidentales). Pese a que estos debates descansaban en cuestiones filosóficas extremadamente importantes que afectaban el corazón de los análisis etnográficos, ninguno pudo resolverse mediante la clase de discurso teórico que modela la investigación empírica. En consecuencia, con el tiempo se agotaron como líneas de orientación teórica potenciales, capaces de conducir la investigación. De hecho, subyacente a estos debates había una cuestión aun más básica que sólo podía resolverse, más o menos satisfactoriamente, en la escritura de un texto etnográfico particular. No se trataba de una cuestión conducente al debate teórico, sino de una íntimamente ligada a la práctica de la escritura etnográfica.

Con la imposibilidad de extirpar de las etnografías esa especie sutil del choque cultural que se escribe en todo texto merced a los supuestos de sentido

1975). A diferencia de los contrastes comparativos en los textos etnográficos contemporáneos, donde el objetivo de la comparación es concentrar la atención en *ellos*, el contraste comparativo de los tipos ideales en esas obras utiliza caracterizaciones del otro para concentrar la atención crítica sobre *nosotros*. Estas obras son por lo tanto el legado directo, aunque mucho más sofisticado, de la función didáctica de la comparación de las etnografías realistas pioneras. Ahora, con la comparación separada de la forma etnográfica convencional y constituida en el núcleo de un discurso teórico autónomo, estas obras han adoptado una perspectiva crítica mucho más radical sobre Occidente de lo que era propia de las etnografías tempranas, en las que el relativismo cultural definía un curso estrecho entre una retórica estrictamente objetiva y una que podría verse como una tibia crítica de las prácticas occidentales.

común incorporados en el lenguaje, una alternativa importante ha sido la de enmarcar las diferencias culturales en el texto mediante el uso de contrastes comparativos en un plano de representación diferente del que ha sido el caso en el pasado. En vez de utilizar la forma didáctica de este recurso, "nosotros-ellos", las etnografías experimentales han adoptado una forma de contraste autorreflexiva, "yo-ellos", la cual, como se ha visto, invita a los lectores a empatizar con la experiencia revelada al etnógrafo y al hacerlo los prepara para una discusión de prácticas culturales que, pese a parecer como radicalmente distintas, se presentan también como algo auténtico y plausible. El lector ya no es más instruido, sino que es más bien un testigo de la forma en que los significados culturales que comparte con el etnógrafo son desafiados por la confrontación que éste realiza con diferencias que requieren interpretación.

De esta manera, el antiguo contraste comparativo directo de las etnografías realistas ha sido transformado en una dimensión importante de la autorreflexión epistemológica característica de los experimentos actuales. Así como el problema de la autoridad dispersa puede representar el desafío más crítico para la experimentación radical en la expresión de la autoridad etnográfica, el problema de describir satisfactoriamente a los lectores otras formas de vida que cuestionan en profundidad los presupuestos enclavados en el lenguaje de la descripción puede representar un desafío similar para la experimentación radical en esta cuestión filosóficamente no resuelta, básica para la etnografía, que es la traducción cultural.

Los diferentes lectorados de la etnografía

El consenso artificial sobre la etnografía que ha sustentado en parte a la antropología social y cultural como disciplina es desenmascarado reveladoramente si pasamos de la perspectiva de los escritores a la de los diversos lectorados de la etnografía, tanto dentro como fuera de la antropología. Una etnografía se puede escribir con un lectorado particular en mente, pero los diversos lectorados poseen cada uno un sentido homogéneo, aunque pobremente articulado, de lo que es o debe ser una etnografía *en general*. El actual desasosiego sobre cuáles son los estándares para la escritura etnográfica (si es que hay alguno), se manifiesta con más fuerza cuando las expectativas de un lectorado en particular sobre la etnografía en general no son satisfechas por un texto específico que satisfaría mejor las expectativas de otros lectorados.

La siguiente diferenciación de lectorados los distingue mediante la expresión de los aspectos de un texto etnográfico dado que atraen su interés principal y que definen la fuente de su reacción crítica frente a él. Por supuesto, los lectores individuales pueden mezclar algunas de las distinciones (en especial la de Alverson, 1979, y la Asch, 1973), pero vale la pena distinguirlas, aunque más no sea como orientaciones críticas colectivas hacia los textos.

1. El lectorado de especialistas en el área, que posee la mayor familiaridad con la temática del texto, se interesa primordialmente en los detalles y en

los puntos más finos de la interpretación, y es el más propenso a manifestarse sensitivo y crítico frente a la calidad del trabajo de campo y a las conexiones entre éste y la generalización resultante. La escritura en sí sólo deviene materia de atención crítica cuando se observa que obstruye la claridad o las implicancias de los detalles etnográficos.

2. El lectorado antropológico general tiende a ser el que más se preocupa por la disposición general de una obra y con la forma en que la teoría determina los hechos en consideración. Cada vez más, sin embargo, este lectorado presta atención a la forma narrativa, a la retórica y al lenguaje de un texto, es decir, a los rasgos expresivos mediante los cuales éste presenta un argumento o una interpretación. La exactitud o la claridad de detalles es menos importante que la forma y la coherencia de la "historia que el texto narra". Esta categoría apunta a lectores que son ellos mismos escritores etnográficos practicantes y cuyo interés crítico principal se centra en la habilidad artesanal de un texto, el cual puede ofrecer como modelo a imitar un estilo de argumentación expresado en su manejo de las convenciones realistas. La corriente de experimentación etnográfica estimula el desarrollo de la sofisticación crítica en este lectorado.

3. El lectorado de las otras ciencias sociales trata al trabajo de campo —de una manera simplista— como un método como cualquier otro, y a la etnografía como descripción. Desde esta perspectiva, la misión de la antropología es la de proporcionar hechos sobre sociedades marginales para ser usados marginalmente por las ciencias sociales occidentales. Como ya se ha señalado, cualquier revisión de lo que es o de lo que ofrece una etnografía mediante una reflexión sobre la forma en que se halla escrita, es potencialmente subversiva para las metodologías y propósitos positivistas. De este modo, con la etnografía respetuosamente marginalizada como un medio para proporcionar información trivial, el lectorado de la ciencia social general es probablemente el menos sensitivo entre todas estas categorías a la variación en la escritura etnográfica y el más sorprendido por la significación de los problemas teóricos y epistemológicos que plantean los experimentos actuales.

4. El lectorado de los estudiantes es el único grupo que aquí se discute que carece de un ruedo formalizado para criticar las etnografías diseñadas para él y de un interés claramente identificable. Las etnografías producidas para este lectorado, de las que la serie de Holt, Rinehart & Winston es sólo la más antigua y prolífica, parecen estar concebidas —demasiado a menudo— como versiones diluidas y ampliamente simplificadas de las etnografías profesionales. Como tales, exhiben con frecuencia una adhesión pedestre a las convenciones del realismo etnográfico de que hablamos antes.

5. El lectorado orientado hacia la acción, consistente de funcionarios del gobierno, administradores de programas y personal militar se interesa por el contenido de las etnografías y particularmente por la información que puede trasladarse de inmediato a políticas y procedimientos prácticos. Para bien o para mal, los antropólogos siempre han sido sumamente sensitivos a la escritura de etnografías cortadas a la medida de este lectorado.

6. El lectorado popular mira a la etnografía por su mensaje o su verdad

en un marco de referencia culturalmente familiar y demanda legibilidad, con la jerga mínima suficiente como para legitimar el carácter experto de la reseña. Este es probablemente el lectorado más ingenuo desde la perspectiva de la antropología profesional. Siempre ha habido una crítica subterránea contra los profesionales que se comprometen prominentemente con este tipo de escritura, como ser Margaret Mead; o una sospecha, justificada o no, sobre su integridad, como con la serie de libros de Castaneda (por ejemplo, Castaneda, 1968); o, por último, una condena descarnada, como en un caso reciente y memorable que se menciona más abajo [Barth (Barth, 1974), pidiendo a Turnbull rendición de cuentas por *The Mountain People*.].

Las grietas en el presunto consenso sobre la etnografía son especialmente evidentes en las revisiones críticas de las publicaciones periódicas; el caso más común es el del lector especialista en el área que critica las trabas y los obstáculos en la escritura de un etnógrafo que tiene en mente un lectorado general como el de nuestro tipo 2 (Crapanzano, 1981; Fuller, 1981; Magubano, 1980; Mangarell, 1980 son buenas ilustraciones de ello, dado que los *reviewers* señalan la retórica de esos textos como un obstáculo para el conocimiento). Existen muchos otros *reviews* donde esta clase de crítica es más amistosa y común. Hecha al pasar (por ejemplo, Samuel, 1980). Quizá para un estudio de las tendencias actuales, las críticas sustantivas más interesantes son las de los escritores de etnografías experimentales que leen los trabajos de otros experimentadores con un interés de lectorado de tipo 2 (véanse Crapanzano, 1981; Schieffelin, 1981). Tales revisiones críticas se han convertido en un foro para la discusión de varias temáticas ya tratadas en las secciones anteriores de este artículo.

Las críticas por los especialistas de áreas o por el lector antropológico general de obras escritas para un lectorado popular son interesantes por lo que revelan sobre la visión que tienen los primeros sobre los límites de la forma etnográfica como un medio serio, e incluso ético, de expresión del conocimiento. Fredrik Barth publicó un ataque extremadamente severo contra Colin Turnbull en *Current Anthropology* (Barth, 1974), precisamente en este contexto: una obra que parecía pasar por una etnografía profesional, incorporaba en ella observaciones morales sobre el mundo y sugerencias polémicas concernientes a la política que podrían afectar el destino de los Ik. La respuesta a este ataque en una edición posterior (Wilson, 1974) incluía comentarios moderadores de otros especialistas del área, lo cual por lo menos tendía a prestar un sustento más equilibrado al material etnográfico que Turnbull había elaborado de acuerdo con su proyecto de escritura. Pese a que estos intercambios se referían a los propósitos a los que podrían servir las convenciones realistas (después de todo, Turnbull pudo haber escrito un ensayo estipulando sus puntos de vista, de modo de suscitar un ataque menos vehemente por parte de Barth), ninguno de los moderadores trajo a colación el papel que jugaba el medio etnográfico atizando el fuego de esta controversia.

Por último, los etnógrafos que escriben para los especialistas de área y para el lectorado general a menudo critican los análisis comparativos y ambiciosos intentados en la antropología, por su violación tanto del detalle como de la rica complejidad que se explora en las etnografías, utilizadas como

fuentes de datos para la comparación. No discutiremos aquí la forma en que los experimentos actuales parecen alejarse aun más de la posibilidad de las grandes comparaciones, en el contexto de la vieja y no resuelta controversia de la antropología entre el etnógrafo y el comparativista, quien considera que el propósito de la etnografía es ser una fuente de datos (más que una fuente teórica) para una eventual abstracción a desarrollarse en proyectos inductivos y nomotéticos. En efecto, el trabajo de los comparativistas generales, como habitualmente se lo concibe, apunta al lectorado de las ciencias sociales, el que definimos como 3 más arriba. La naturaleza misma de estos proyectos ofende a la concepción de la etnografía y de los usos a los que debe ser puesta que sustentan los lectores que representan las categorías 1 y 2 (Alverson, 1979; Asch, 1973) [por ejemplo, véase la extensa y negativa revisión de Weiner (Weiner, 1980) sobre la síntesis comparativa de Rosman y Rubel de los complejos materiales de Nueva Guinea].

De esta forma, los tipos de crítica de la etnografía contemporánea y del uso del material etnográfico en comparaciones por parte de lectores que son ellos mismos etnógrafos, demuestran con claridad que los desacuerdos sobre lo que deberían ser las etnografías como textos corren muy por debajo del consenso tácito de la disciplina y sólo han sido articulados parcial o indirectamente en el discurso autocrítico de la antropología.

Fuentes literarias

En la crítica literaria contemporánea existen numerosos marcos alternativos de referencia que podrían servir de modelos para una perspectiva sobre la escritura etnográfica, útiles para los lectores habituales de etnografía. Pero sería un error creer que la antropología, en continuo flujo, ha hallado una fuente estable de ideas de la cuales servirse. Las tendencias contemporáneas en crítica literaria son más bien volátiles. La convergencia y la existencia percibida de problemas comunes a la crítica literaria [véase, por ejemplo, la evaluación de White (White, 1981) de la tendencia desconstruccionista en el *review* de un libro de Paul de Man] y a la escritura etnográfica, ha llevado a los etnógrafos experimentales y a quienes simpatizan con ellos a inspirarse en el discurso de la crítica literaria sobre el análisis textual, discurso explícitamente más desarrollado pero ricamente variado, sin embargo.

Algunos de estos marcos de referencia serían mencionados más adelante pero lo que es más pertinente para el tipo de cuestiones que se discute en este artículo es la literatura reciente que ha intentado revivir la significación de la retórica, quitándole la mancha que la afecta en el pensamiento occidental desde su tratamiento por parte de los filósofos clásicos (en especial, Platón y Aristóteles) en el debate entre la dialéctica y la retórica (Kennedy, 1963 y 1980).⁶

⁶ Casi todas las versiones de las actuales teorías sobre el discurso podrían constituir también estímulos posibles para una perspectiva sobre la escritura etnográfica o histórica, pero mi impresión es

Originariamente la retórica tenía que ver con el habla, y consistía en un cuerpo teórico desarrollado autoconscientemente para el uso y el entrenamiento de los oradores. Se la distinguía tajantemente de la argumentación dialéctica, que era un cuerpo de lógica abstracta, por su foco en las técnicas del manejo de la impresión: cómo se ornamenta y se hace persuasiva una lógica teniendo un auditorio en mente. El tratamiento moderno de la retórica como una perspectiva crítica difiere considerablemente de la perspectiva clásica. Se focaliza en la escritura, más que en el habla, desde el punto de vista del lector crítico más que del escritor. Esta es una consecuencia natural de la declinación histórica de la retórica como un cuerpo de teoría para oradores o escritores conscientemente aplicada.

Las funciones retóricas son, entonces, una dimensión no autoconsciente e integral de cualquier clase de expresión escrita, ligada inseparablemente al contenido sustantivo de la narrativa, la interpretación o el análisis que se presenta. Así como la lógica de la argumentación de un texto se puede abstraer para un determinado propósito, como ser la discusión teórica, del mismo modo la dimensión retórica de un texto y de sus argumentaciones se puede abstraer para un propósito determinado, como ser la discusión crítica de la manera en que un texto persuade y comunica efectivamente sus significaciones. En ambos casos, la integración reconocida de todos estos aspectos de un texto se deja en suspenso, en obsequio de una especie particular de análisis; pero mientras la lógica niega o ignora la importancia de la retórica viéndola como contaminante, la retórica como ahora se la concibe nunca pierde de vista su relación de complementariedad en la práctica con los contenidos lógicos de un argumento o de una interpretación y con la inextricable ligazón de estos contenidos con la retórica de su expresión lingüística.

En la moderna resurrección de la retórica, Perelman y Olbrechts-Tyteca (Perelman, 1969) proporcionan una defensa vigorosa y sofisticada, relacionándola todavía con la actividad oral. Kinneavy (Kinneavy, 1971) ha escrito una amplia revisión de las fuentes clásicas y modernas de la retórica, así como un intento de teoría sintética. En literatura, Frye (Frye, 1957) y Burke (Burke, 1950) han sido pioneros al insistir y al demostrar la importancia de la retórica en la prosa de ficción y no ficción. Booth (Booth, 1961) desarrolló una influyente perspectiva retórica sobre la ficción, y más recientemente Valesio (Valesio, 1980) ha escrito un articulado estudio conceptual de lo que él llama retórica junto a un intento menos satisfactorio de una teoría formal de la retórica. Sin embargo, la obra de Hayden White (White, 1973 y 1980) es quizá la más útil a una perspectiva de la escritura etnográfica, no sólo por la sofisticación y la naturaleza sistemática de sus observaciones, sino debido a que aplica

que las versiones que han sido ensayadas no fueron elaboradas con éxito [por ejemplo, véase el defectuoso uso de Grice por parte de Waldman en un estudio de la historiografía islámica (Waldman, 1980)]. En contraste, una estrategia retórica como la desarrollada por Hayden White ha sido trabajada brillantemente a propósito de la escritura histórica, y es obviamente el tipo de perspectiva que está más en línea con la forma en que planteamos las cuestiones en este artículo.

una perspectiva desarrollada en la crítica literaria [en su obra principal (White, 1973) su deuda principal es con Northrop Frye] a una disciplina de escritura extraliteraria, pero que emplea un medio literario: la historia. En sus ensayos (White, 1978 y 1980), White proporciona convincentes muestras de la aplicación de sus ideas al análisis retórico de selecciones de escritura histórica.

Aplicar un análisis retórico a la historia es quizás un proyecto más interesante y más obvio que aplicarlo a la etnografía, al menos antes de la actual tendencia experimental. Esto se debe a que la historiografía es una inquietud más antigua y profunda entre los historiadores de lo que la escritura etnográfica ha sido entre los antropólogos, porque la narrativa histórica lleva más directamente a la narración de relatos que la narrativa etnográfica, y porque la imaginación ha tenido mucha mayor libertad para desarrollar formas textuales apropiadas en la historia, desde el momento en que no se encontraba ligada ni a una práctica de investigación dominante, como el trabajo de campo, ni a los objetivos de una teoría general. No obstante, siempre han existido convenciones de género tanto en la escritura histórica como en la etnografía, no importa cuanto más vívida haya sido aquélla como área de discusión e innovación.

Pese a que el elaborado esquema formal topológico de White pueda tener escasa aplicabilidad a la etnografía, la mayoría de los puntos que él señala acerca de la base retórica de la escritura histórica son igualmente válidos para la escritura etnográfica. Por ejemplo, en la argumentación siguiente sólo se necesita sustituir la palabra histórico por etnográfico (White, 1978, pág. 105):

Si Jakobson está en lo cierto, la escritura histórica debe analizarse primariamente como una especie de discurso en prosa, antes de que se puedan poner a prueba sus reclamos de objetividad y verdad. Esto significa sujetar todo discurso histórico a un análisis *retórico* para poner de manifiesto la infraestructura poética de lo que pretende pasar por una modesta representación en prosa de la realidad. Tal análisis nos proporcionaría, sostengo, un recurso... para poner de manifiesto la medida en que un discurso histórico dado se puede clasificar con más precisión por el lenguaje que utiliza para describir su objeto de estudio que por cualquier técnica analítica formal que aplique a ese objeto con el fin de "explicarlo". Un análisis retórico del discurso histórico reconocería que cada historia digna de ese nombre contiene no sólo una cierta cantidad de información y una explicación (o interpretación) de lo que esa información "significa", sino también un mensaje más o menos evidente sobre la actitud que debe asumir el lector ante los datos reportados y su interpretación formal...

Así, lo que revela el análisis retórico (y lo que no revela una mera evaluación de las argumentaciones) es la forma en que el lenguaje y la construcción narrativa de un texto histórico o etnográfico precodifica tanto el objeto de análisis (lo que cuenta como datos) como los fundamentos de una argumentación explicativa específica. Como con la escritura histórica, una perspectiva retórica podría ser una dimensión analíticamente autónoma de la evaluación crítica de las etnografías, pero no es de ningún modo un sustituto de una eva-

luación complementaria de la lógica y de la evidencia de las afirmaciones de un texto.⁷

Mencionemos otras fuentes de la crítica literaria que podrían ser útiles para una perspectiva de la escritura etnográfica: el elaborado análisis formal de Roland Barthes sobre el realismo en Balzac (Barthes, 1974); la perspectiva de Raymond Williams, imbuida de marxismo (Williams, 1977); Jacques Derrida como una fuente para la desconstrucción de los textos, independiente de la intención autoral (Derrida, 1978); la crítica orientada al lector (Fish, 1980; Iser, 1974; Suleiman, 1980); y el complejo e idiosincrático desarrollo de Michel Foucault de conceptos tales como discurso y episteme (Foucault, 1972). Foucault es interesante aquí porque un estudioso literario realizó un intento para incorporar sus ideas en un proyecto que incluye la consideración de escritura etnográfica del siglo XIX (Said, 1979). La dificultad con el uso de Foucault como un estímulo para el pensamiento sobre la escritura etnográfica es que su marco analítico de referencia niega la autonomía de textos y autores específicos, y más bien sitúa el concepto de discurso en términos espaciales y temporales más amplios. Esto hace difícil adaptar su método a nuestros proyectos, pese a lo estimulante que sean las intuiciones sustantivas que puedan derivarse de una minuciosa inspección de su sistema. En su aguda revisión crítica de Said (Clifford, 1980), Clifford explora las dificultades inherentes a la combinación de un interés hacia el análisis de textos particulares con la amplia concepción foucaultiana del discurso. Clifford concluye su artículo, asimismo, con un extenso comentario sobre el cuestionamiento radical de Said de los supuestos que legitiman las interpretaciones de otras culturas, el cual posee obvias implicancias para la escritura etnográfica; por desgracia, Said ignora estudiadamente la etnografía contemporánea, con excepción de una referencia positiva a Geertz, hecha al pasar.

Al sugerir fuentes de la crítica literaria (en especial, la perspectiva de la retórica) que podrían estimular la discusión sobre la escritura etnográfica, no pretendemos que ellas sirvan como un modelo de emulación de tipo "como hacerlo" a los escritores o lectores de etnografías. Esto sería repetir el error fatal de hipostatización de la retórica clásica, aislándola como un cuerpo de teoría aplicada y, como tal, exponiéndola a cargos de que todo es una manipulación de forma sin contenido. Son precisamente los paradigmas y las tipologías formales en la escritura de modernos escritores de retórica (por ejemplo, White, Valesio y Kinneavy) lo que se vuelve difícil de seguir y lo que está en agudo contraste con la elegancia de los planteamientos e intuiciones, expresados en

⁷ Con White, sugeriríamos que el análisis retórico es anterior a una evaluación de los valores de verdad, porque la explicación y la construcción de teorías no pueden escapar a la retórica del lenguaje en que se expresan. La sensibilidad frente al lenguaje de la conceptualización aclara el camino de la discusión de la verdad y la evidencia. La reciente evaluación de Alan Jenkins de la teoría social de Lévi-Strauss (Jenkins, 1979) sigue una práctica que vincula un análisis del discurso conceptual previo y una consideración siguiente de su lógica abstracta, en un análisis crítico de una escritura más teórica que etnográfica.

un discurso de estilo más convencional que ellos de algún modo generan. Uno sólo puede llegar a la conclusión de que esos formalismos, aunque parecen ser modelos que otros pueden emular, son de hecho modelos personales de sus autores, originados como una heurística para su propio pensamiento. La presentación textual de estos modelos formales es en sí un ejercicio retórico encaminado a interesar a los lectores por un movimiento intelectual que asigna una enorme importancia a la retórica del análisis formal y el método. Los lectores y escritores que pretenden apropiarse de esos modelos tan útiles, tan productivos en las manos de sus creadores, a menudo encuentran que en sus propias manos se vuelven mecánicos.

La efectividad del análisis retórico no depende entonces de un método, sino de una prolija declaración de principios y de la demostración convincente, por parte de los críticos, de la importancia de tenerlo en cuenta tanto en la escritura como en la lectura de los textos. Para el escritor etnográfico, tener en cuenta las cuestiones retóricas podría enriquecer los procesos de pensamiento personal implicados en la producción de un texto, sin necesidad de resucitar una noción hipostatizada de técnica retórica. Ciertamente, existe un peligro de parálisis en la autoconciencia sobre la propia práctica de escritura que puede producir la reflexión sobre cuestiones retóricas; también existe el peligro de que un texto se aparte de su sujeto temático e involucre hacia problemas introspectivos que tienen que ver con su propia producción; ésta es, por supuesto, una de las objeciones posibles a la dirección que parecen haber tomado algunas etnografías experimentales, objeción que subraya aun con más fuerza el balance creativo necesario entre la reflexividad y la preocupación por el otro en esos experimentos. Para el lector de etnografías, una sensibilidad crítica a las cuestiones de retórica sólo puede acrecentar la sutileza con que se evalúa el conocimiento antropológico en forma etnográfica. Que el escritor o el lector preste atención a las dimensiones retóricas de un texto, por último, no es en absoluto subversivo para estándares del conocimiento objetivo que son más sofisticados que absolutistas; por el contrario, es una parte integral tanto de la generación como de la evolución de los reclamos de objetividad y de las explicaciones que pueden abstraerse de sus contextos escritos.

Los experimentos en escritura etnográfica, la práctica del trabajo de campo y la teoría

Debido al silencio sobre la práctica del trabajo de campo durante la mayor parte del período del realismo etnográfico, parecería que la forma en que las etnografías estaban escritas tenía escasa relación con la forma en que se había conducido el trabajo de campo. De hecho, cuando eventualmente se discute con cierto detalle la experiencia del trabajo de campo en la copiosa literatura confesional de las décadas de 1960 y 1970, que pormenorizaba las experiencias de investigadores que iban al campo con orientaciones problemáticas y teóricas sumamente diversas, uno queda impresionado por la similitud

de esas experiencias, que toleran cierto margen de variación personal. Por desgracia, no tenemos un número semejante de relatos que traten del trabajo de campo como una odisea intelectual y que sitúen en primer plano la forma en que las interpretaciones surgen en el proceso del trabajo de campo. Los trabajos de Rabinow (Rabinow, 1977), Dumont (Dumont, 1978) y Crapanzano (Crapanzano, 1980), a pesar del artículo de Silverman (Silverman, 1972), son, por lo que sabemos, las únicas obras contemporáneas que aportan una visión detallada y frontal de la epistemología de la investigación. El estudio biográfico de Clifford (Clifford, 1980a y b, y 1982) sobre Maurice Leenhardt como hombre, trabajador de campo y escritor etnográfico es una reconstrucción histórica, igualmente rara, de la epistemología de investigación de una figura histórica. Mientras que el folclore del trabajo de campo jugó el papel de una silenciosa influencia dominante, modelando las convenciones de la etnografía realista, no hubo nada en la etnografía realista misma que pudiera suscitar la discusión o reformular la manera en que el trabajo se concebía como una pesquisa intelectual, más que como una especie de experiencia personal.

Esta influencia unidireccional del trabajo de campo sobre las convenciones etnográficas puede cambiar con la actual corriente de etnografías experimentales, aunque más no sea porque éstas se ocupan, autorreflexivamente, de la forma en que el proceso total del conocimiento, incluyendo una representación intelectual del trabajo de campo, se relaciona con las interpretaciones y explicaciones que se ofrecen. Es decir, ahora los etnógrafos piensan mucho más retrospectivamente sobre su práctica de trabajo de campo como parte integral de la construcción de un texto etnográfico. Mientras que la realidad del trabajo de campo seguirá siendo siempre un tanto caótica y siempre seguirá estando, al menos parcialmente, más allá del control del etnógrafo, la reflexión sobre el trabajo de campo relevante para una estrategia narrativa y un estilo de representación puede tener finalmente algún impacto directo sobre la forma en que se conduce el trabajo de campo de los propios lectores profesionales de las etnografías experimentales. La modificación que estos experimentos entrañan en relación con las convenciones realistas es un cuestionamiento de las hazañas de campo, epistemológicamente irreales, que esas convenciones implican. Este cambio, por consiguiente, ha conducido por lo menos a una representación más lúcida de las prácticas de campo en relación con los tipos de explicaciones que ellas legitiman y a los cuales proporcionan autoridad textual.

La relación de la etnografía con el desarrollo de la teoría antropológica ha sido un tanto distinta a su relación con la práctica del trabajo de campo. En uno de sus sentidos, la teoría antropológica se concibe como un cuerpo de afirmaciones semejantes a leyes sobre ciertos tópicos de interés empírico como el parentesco, la religión y la economía, erigidos a partir de comparaciones de datos, abstraídos a su vez de las etnografías. Hace mucho que existe un antagonismo subyacente contra esta clase de teoría y contra la relación de la etnografía con ella, por parte de quienes se consideran a sí mismos primariamente como etnógrafos. La construcción eventual de amplias teorías tópicas basadas en el uso inductivo de etnografías ha sido la pretextación racional de la antro-

pología social y cultural; pero los etnógrafos y los teóricos comparativos —aunque parte de la misma empresa— a menudo han sido gente distinta, con diferentes perspectivas.

La corriente actual de etnografías experimentales tiende a llevar la etnografía más allá —esta vez explícitamente— de dicha racionalización comparativa. Los intereses teóricos se focalizan más estrechamente en los problemas descriptivos e interpretativos planteados por un sujeto, rigurosamente circunscrito por el texto, que deviene parte del dominio de interés teórico.

Las comparaciones controladas de sujetos culturales superpuestos (y presumiblemente de preocupaciones textuales superpuestas en la etnografía, propias de pequeñas “comunidades” de investigadores) tal vez sean aceptables para los etnógrafos, por cuanto es posible un estrecho control de los contextos representados en la etnografía, contextos que se pierden en las comparaciones amplias o altamente abstractas. A través de esta comparación de etnografías experimentales entre especialistas de área se pueden construir tipos de teorías comparativas mucho más sofisticadas; peor esto sería sólo un subproducto de una preocupación contemporánea más directa por la clase de teoría fundamental que proporciona al etnógrafo una forma de pensar sobre su material y, más específicamente, un medio para construir un texto que es a la vez descriptivo y explicativo.

En este otro sentido de la teoría antropológica, la construcción de teorías generales procede por medio de refinamientos en la forma en que sucesivos escritores etnográficos manipulan textualmente ese material de campo, más que por medio de una recolección de más datos para una teoría envolvente basada en la comparación. Lo que se compara es la adecuación de formas o estilos de explicación alternativos de un fenómeno similar, desarrolladas en diferentes reseñas. Esta es precisamente la clase de teoría que depende de las variaciones innovadoras de las diferentes etnografías y que conlleva una experimentación en la escritura etnográfica.

En esta clase de interés teórico, los antropólogos han buscado estímulos más allá de sus propias fronteras; ellos invocan y desarrollan para sus propios propósitos las ideas de los “grandes” pasados y recientes como Marx, Weber, Durkheim, Ricoeur, Barthes y Wittgenstein. La antropología no ha producido puramente dentro de su propia tradición una teoría fundadora de la investigación etnográfica. Los etnógrafos han sido más bien *bricoleurs* teóricos en el modelado de las actividades del trabajo de campo y de la escritura etnográfica, estrechamente ligadas, que constituyen su interés primordial. En el pasado, en lugar de crear teorías sociales o culturales para poner al servicio de sus informes, los etnógrafos han sido especialistas en la puesta a prueba y elaboración de perspectivas teóricas generales, desarrolladas en otras disciplinas y por otros pensadores, por su utilidad en las tareas de explicación e interpretación emanadas de una tradición de investigación y actividad escrituraria. Los cambios en el interés teórico dependen en gran medida de la revisión crítica y de la insatisfacción con la forma en que esas influencias teóricas en particular “lucen” cuando se las somete repetidamente a prueba en los proyectos del escritor etnográfico.

La evidencia más clara del interés prioritario de la antropología por el texto etnográfico antes que por la obra teórica modeladora, es el hecho de que los trabajos teóricos en antropología (por ejemplo, Sahlins, 1976) están motivados habitualmente por una reflexión sobre materiales etnográficos (aunque su registro sea más abstracto) y de que poseen una vigencia limitada, llegando a ser relevantes sólo como documentos en la historia de las ideas. En contraste, los textos etnográficos viven y poseen una relevancia mucho más perdurable. Esto puede ser un resultado de la continuidad distintiva y del carácter acumulativo de los marcos geográficos mediante los cuales los antropólogos definen su investigación etnográfica de una generación a la siguiente. Pero más allá de esto, los etnógrafos (pertenecientes a la categoría 2 del doctorado, según la sección anterior) parecen admirar el texto etnográfico como una fuente de inspiración a ser redescubierta y revivida; y esta atención primaria a la forma en que se tratan textualmente los problemas en la escritura etnográfica, genera constantemente obras teóricas.

La actual corriente de experimentos en etnografía parece estar en línea con esta relación tradicional entre la etnografía y la teoría de base que la modela. Sin embargo, ahora existe en los proyectos etnográficos un rango mucho más rico de perspectivas teóricas a ser exploradas. No es probable que esto modifique las relaciones básicas entre la etnografía y la teoría, pero, como se ha visto, entre los textos singulares de múltiple interés que se están produciendo, los experimentos que parecen ir más allá de una pretextación realista están utilizando el medio de la etnografía para un discurso teórico en sí mismo. La experiencia de campo puede conducir a un tipo de reflexión que al menos inspire una teoría sistemática totalmente local a la antropología, capaz de modelar su interés prioritario en la producción de etnografías.

Por último, vale la pena mencionar aquí el tratamiento de Hayden White sobre el debate entre la filosofía de la historia y la historiografía, a fines del siglo XIX (White, 1973), págs. 267-79), por su similitud con el actual momento antropológico, en el que existe un debate paralelo entre la etnografía como sirvienta de una teoría general desarrollada fuera de ella y la etnografía como un fin en sí misma, reforzada por amplias teorías sociales que se ponen a su servicio. Una importante diferencia entre la historia y la antropología es que en la primera ciertos sistemas teóricos innovadores (es decir, filosofías de la historia que determinaban el significado de las reseñas históricas individuales) penetraron, merced a Marx y a Nietzsche, en el seno de una tradición historiográfica mucho más establecida que se concentraba en la autonomía de las reseñas y en su construcción como textos, mientras que en antropología la situación ha sido la inversa: en la corriente contemporánea de experimentación, una preocupación por las reseñas y las teorías que las modelan ha hecho intrusión en una tradición estable que tiene en la teoría general su finalidad putativa. En historia, la posición historiográfica, desarrollada por Croce, prevaleció. Resta por ver cómo habrá de resolverse un momento histórico ampliamente similar en la antropología cultural y social.

Otros sentidos de la experimentación

Hasta aquí, nuestra discusión se ha limitado sólo a cierto número de etnografías contemporáneas, y por una buena razón. Aunque existe apenas un puñado de textos escritos, éstos parecen ocasionar en la antropología un interés general desproporcionado. La mayor parte de las etnografías permanece fuera de este ámbito de experimentación, porque en su producción ellas no tornan problemáticos ni la construcción de interpretaciones y descripciones, ni su práctica de escritura. En contraste con los experimentos actuales, los intereses teóricos y las formas realistas convencionales de estas etnografías las apartan del foco de la construcción social del mundo de sus sujetos, el cual ha sido quizás el principal estímulo para el desarrollo de un discurso autorreflexivo explícito sobre la práctica de la escritura en los experimentos etnográficos. En cierto sentido, entonces, estos experimentos se yerguen como un crítica de facto de todas las otras etnografías contemporáneas que no incorporan una reflexión sobre su propia producción como un componente vital de los análisis que ofrecen.

La animada discusión de las así llamadas perspectivas del significado en la antropología contemporánea contrasta rudamente con la relativa inmovilidad de la perspectiva de la conducta o la perspectiva de los sistemas, más interesadas en modelos analíticos de explicación que en la definición de los marcos indígenas del significado. Esta discusión se origina como una elaboración del antiguo interés de la etnografía realista en la representación del punto de vista (del) nativo. Los análisis de sistemas, de los que el funcionalismo tradicional era una forma no refinada, sólo han avanzado con cierta sofisticación teórica en ecología cultural, en antropología económica y en el proyecto marxista, campos en los que la escritura etnográfica no ha sido mayormente problemática.

En medio de una marejada de etnografías que no prestan una atención particular a las formas textuales, *Pigs for the Ancestors*, de Roy Rappaport (Rappaport, 1968) se destaca como un texto modélico para la etnografía orientada a los sistemas, porque intenta autoconscientemente ofrecer un marco narrativo que acomode una conceptualización rigurosa y una cuantificación en el análisis que el funcionalismo tradicional insinuaba pero que jamás realizó. Se trata entonces de una etnografía experimental fuera de la tendencia actual de experimentación. Pese a que es sensible a los puntos en que los modelos conscientes de los nativos podrían ajustarse a su texto, Rappaport intentó justificar explícitamente las razones por las cuales no estaba predominantemente interesado en ellos. En ensayos posteriores (Rappaport, 1979), Rappaport ha producido un esquema muy detallado de la manera en que los "modelos cognoscitivos" podrían encajar lógicamente en un marco de sistemas jerárquicamente dispuestos en muchos niveles de considerable complejidad. Estos ensayos pueden ser satisfactorios como avances suplementarios en la conceptualización teórica que de hecho preserva la primacía de los modelos analíticos, por otra parte descuidados en las corrientes actuales que se concentran en las sig-

nificaciones. Sin embargo, todavía tienen que probarse a sí mismos como modelos viables o como guía para la escritura de etnografías de análisis de sistemas que vayan más allá de *Pigs for the Ancestors* en experimentación textual. No debe interpretarse que textos tales como los de Rappaport están exentos de un análisis de sus estrategias retóricas y narrativas en tanto prácticas de escritura. Dichos textos sólo son menos conscientes y prestan menos reconocimiento a su retórica de construcción que las etnografías interpretativas que de buen grado llaman la atención sobre sus propios fundamentos epistemológicos y literarios.

La naturaleza reflexiva, vuelta sobre sí misma de los experimentos recientes en escritura etnográfica puede ser considerada perversa por algunos, como un signo de crisis en la disciplina y no de salud. Podría sostenerse además que la experimentación productiva en etnografía debería centrarse más manifiestamente en nuevas formas de expresar textualmente problemas de investigación que se plantean en el trabajo de campo tradicional, pero cuya manipulación trasciende la perspectiva obtenida de la investigación en comunidades cerradas o pequeños grupos. Esta otra especie de experimentación textual se origina entonces en proyectos para los cuales el texto etnográfico simétrico al trabajo de campo es parcialmente relevante, pero demasiado limitado en sí mismo como medio para tratar un problema de investigación ampliamente concebido. Recíprocamente, es posible que surjan experimentos de escritura etnográfica en áreas de la investigación antropológica en las que el *medium* etnográfico (o su facsímil) es utilizado como un vehículo innovador para la presentación de datos y explicaciones.

Muchos antropólogos sociales y culturales nunca producen una etnografía publicada a partir de sus notas o eventualmente de las disertaciones que derivan de su trabajo de campo. Esto puede ser resultado de la pereza, o de un cambio en los intereses profesionales, o de una insatisfacción y una ambivalencia que tienen que ver con dudas sobre la adecuación del propio trabajo, dadas las exigencias epistemológicas irreales implícitas en las convenciones realistas. También es posible que la etnografía en sí misma sea demasiado limitante para el tipo de problemas en el que se interesa durante el curso de su investigación el antropólogo que hace trabajo de campo. De todas las ciencias sociales, la antropología ha sido la más entusiastamente interdisciplinaria en la exploración de vías relevantes de investigación. Donde la etnografía convencional sea limitada, los estudiosos de que hablábamos —por así decirlo— saltarán por encima del texto etnográfico amarrado al trabajo de campo y definirán por sí mismos problemas que requieren formas muy diferentes de expresión textual.

Dos clases de textos en los que puede incluirse como parte de un proyecto más amplio la propia etnografía de primera mano, son el estudio comparativo focalizado en un problema o en un tópico y el estudio de las sociedades complejas (y de unidades mayores que incluyan la aldea, la comunidad o la ciudad), el cual combina historia social, etnografía y economía política organizadas en torno de un asunto clave (Huntingdon, 1979; Meeker, 1979; Taussig,

1980) serían ejemplos recientes de la primera; Fischer, 1980; Taussig, 1980; Taylor, 1979; Wallace, 1978 de la segunda). El trabajo de campo, por lo menos en el área geográfica de interés, es una experiencia de investigación formadora que se encuentra detrás de esos textos y que les confiere por lo menos parte de su autoridad; pero muchas perspectivas, inspiradas en lecturas teóricas e históricas, se están incorporando al tratamiento de los temas principales de esos textos, para los cuales el *medium* etnográfico por sí solo resultaría inadecuado.

En el estudio comparativo, el trabajo de campo puede darle a uno una idea interpretativa; pero aquél sólo se puede desarrollar en amplia escala comparando el trabajo propio con otros casos relevantes. En el estudio de procesos de gran escala en sociedades complejas, la combinación de la etnografía con otras perspectivas es necesaria para soslayar la crítica que ha merecido gran parte de la etnografía de las sociedades complejas como algo que es útil en cierta medida, pero que es asimismo esencialmente parroquial y ciego a otras perspectivas pertinentes que se focalizan en los macroprocesos [por ejemplo, ver la crítica de Magubane (Magubane, 1980) a la etnografía de Alverson]. En los textos citados más arriba, los autores no están dispuestos a abandonar diversas perspectivas que afectan a su material de campo en beneficio de otras clases de especialistas. En lugar de eso, abordan en sus propios textos varios niveles de significancia, expandiéndose sobre una amplia variedad de perspectivas y fuentes de ideas y datos modeladores, de las que su propio trabajo de campo de primera mano es sólo una. El problema de escritura de esos proyectos es el logro de la coherencia textual; consecuentemente, se tornan vulnerables a críticas por parte de los lectores antropológicos, en el sentido de que son textos pesados, que no se leen como antropología. Por supuesto, esta clase de reacción es un índice de su estado experimental. Particularmente en el estudio de las sociedades complejas, el trabajo de campo puede seguir siendo la actividad de investigación central de los antropólogos, suplementada por diversas lecturas y por una reflexión más amplia: pero aquél sólo dominará parcialmente los textos compuestos en los que la presentación y discusión del material etnográfico será sólo un componente entre otros. Los experimentos en los que la expresión etnográfica configura una nueva oportunidad de expresión, fundada en antiguas modalidades de reportaje propias de ciertos dominios de investigación de la antropología, son infrecuentes pero llamativos. Los estudios psicológicos y el trabajo conexo en los campos más nuevos de la antropología médica han favorecido ya sea la historia de vida (que algunos podrían considerar un subgénero etnográfico, pero que hemos ignorado en este artículo) o las comparaciones transculturales, que han evolucionado desde una retórica impresionista a una retórica que constituye la aproximación más cercana de la antropología social al modelo de testeo de hipótesis de la ciencia social positivista. Dentro del conjunto de experimentos en torno de las convenciones realistas, algunos han sido experimentales en el sentido de utilizar el *medium* etnográfico realista para describir y explicar características psicológicas de una población en textos que no están focalizados en historias de vida,

no están pesada ni explícitamente cargados con un aparato teórico tal como la psicología freudiana y no se conforman a la retórica formal positivista. *Tahitians* de Robert Levy (Levy, 1973) en la antropología psicológica y *Kuru Society* de Shirley Lindenbaum (Lindenbaum, 1979) en la antropología médica representan usos efectivos del *medium* etnográfico en campos de interés de la antropología en los que la tradición realista de la escritura etnográfica ha permanecido poco desarrollada.

Por último, el campo de la sociobiología puede conducir crecientemente a una expresión textual de forma muy parecida a la del realismo etnográfico. A raíz de la controversia sobre la relevancia (o irrelevancia) mutua de la sociobiología y de las preocupaciones tradicionales de la antropología social, una mirada etnográfica a los reportes de estudios de campo de primates (o de otros animales) requeriría un manejo habilidoso. *Langurs of Abu* de Sara Balffer Hrdy (Hrdy, 1977) es uno de esos textos, cauto en sus afirmaciones pero cercano a las convenciones de la etnografía realista.

Conclusión

Quizá la pregunta conclusiva más obvia de este artículo sea adónde está llevando la etnografía experimental contemporánea a la antropología social y cultural, durante tanto tiempo identificada con una práctica de trabajo de campo y con una reseña etnográfica distintivas. Una respuesta desde el punto de vista de lo que hemos caracterizado como experimentos radicales, distinguidos por su falta de preocupación por la adhesión a las convenciones del género realista, no sería fundamentalmente distinta; la mayor parte de los experimentos, por más interesantes que sean las condiciones históricas que la originaron, es un refinamiento y representa un período esencialmente involutivo en la historia del realismo del siglo XX. El futuro, desde esta perspectiva radical todavía oscuramente definida [que ha tomado cuerpo en la caracterización que ofrece Clifford (Clifford, 1980) de los experimentos involucrados con el problema textual de la autoridad dispersa], se encuentra en las etnografías basadas en nociones muy diferentes sobre cómo deben definirse y representarse textualmente las diferencias culturales en un mundo contemporáneo; un mundo muy distinto al que ofrecía plausiblemente sistemas cerrados —tribus, pueblos— como sujetos merced a los cuales se desarrolló históricamente el realismo etnográfico.

Reconocidamente, esta perspectiva radical es hasta el momento sólo una débil voz en la disciplina. Dentro de los límites de la práctica realista, la respuesta convencional a los experimentos abarca desde la decepción hasta el entusiasmo sin reservas. Cualquier cambio en el foco de interés puede suscitar, razonablemente, reacciones tan variadas como éstas; pero la función reflexivamente crítica que entraña esta concentración particular del interés sobre el texto etnográfico, plantea una revisión de la empresa etnográfica sofisticada y penetrante, sin precedentes, en el corazón de las pretextaciones racionalizado-

ras de la antropología social y cultural. A este respecto, los experimentos están perturbando el consenso tácito sobre "lo que hacen los antropólogos". Esto puede leerse como algo que abre caminos o como algo subversivo, pero de cualquier manera el actual interés hacia la escritura etnográfica es más que otro foco de atención y otra moda pasajera.

Un punto apropiado sobre el cual finalizar esta reseña, entonces, concierne a para quién y de qué manera el desarrollo de una perspectiva crítica sobre los textos etnográficos puede ser más útil en la antropología. Debe admitirse que el desarrollo más rico y más sofisticado de esta perspectiva dependerá de los especialistas full-time en historia de la antropología y, más generalmente, de los campos que se intersectan de la historia intelectual y la teoría social. Un estudioso tiene ventajas considerables en el estudio de la etnografía cuando su tema es la obra de un "grande" reconocido del pasado, como Malinowski, Evans-Pritchard, Mead o Leenhardt [este último es el sujeto de la obra pionera de Clifford (Clifford, 1980a y b, y 1982) que va más allá de la biografía intelectual convencional]. No sólo puede verse un *texto* como una parte de un corpus total, sino que pueden estar disponibles detalles biográficos, textos intermedios tales como notas de campo y quizás incluso informantes y asociados sobrevivientes del etnógrafo. Cuando se puede analizar un texto contra un corpus, y a su vez éste contra una carrera y una vida, están presentes las condiciones más fructíferas para el desarrollo de una perspectiva sobre las etnografías como textos.

En este artículo, sin embargo, nuestro énfasis ha sido intencionalmente distinto; nos hemos concentrado en el lector profesional de la antropología, quien tiene escasa conciencia de los problemas textuales cuando aborda la lectura de etnografías. Aun si un lector es sensible a la retórica de textos individuales contemporáneos, sólo posee un contexto muy tenue (si es que posee alguno) sobre la trayectoria y el corpus en los que debe situar las obras individuales. Excepto en el caso de obras muy discutidas de Geertz y de las reseñas autobiográficas de escritores tales como Dumont y Rabinow, que las han incluido como parte de sus proyectos de investigación, el lector sólo tiene lo que el texto mismo revela como base para un juicio crítico. La obra de historiadores del intelecto que llamen la atención sobre la escritura modelará, ciertamente, las prácticas de lectura contemporáneas. Sin embargo, las etnografías sólo podrán evaluarse adecuadamente cuando los factores que conciernen a una captación crítica de la forma tanto como de los contenidos manifiestos del discurso etnográfico, lleguen a ser parte rutinaria de la práctica profesional. La virtud de la corriente de experimentación etnográfica radica en que ella alienta (si es que no impone) esta actitud crítica por parte de los lectores de etnografías, no mediante la imposición de métodos de crítica, sino mediante una disrupción de facto de las convenciones que han constituido desde hace mucho el sentido común profesional de los lectores y escritores de etnografía. Lo que es necesario es una discusión crítica, por y para los etnógrafos, de las obras de los demás, que, al prestar atención a lo retórico, no pierda de vista el objetivo de la construcción de un conocimiento sistemático de las otras cultu-

ras. Es precisamente la ausencia de tal literatura lo que ha hecho necesario que esta reseña se concentre en la crítica del realismo etnográfico como una función interna de las modernas etnografías experimentales.

Agradecimientos

Varias personas han leído críticamente un borrador inicial de este artículo; deseamos agradecer la ayuda de las siguientes, sin dejar de señalar nuestra exclusiva responsabilidad por su versión final: Jim Clifford, Vincent Crapanzano, Mike Fischer, Renato Rosaldo, Julie Taylor, Robert Thornton, Stephen Tyler y Jim Wooten.